

GAITÁN

MEMORIA E HISTORIA A 75 AÑOS DEL BOGOTAZO

GAITÁN

MEMORIA E HISTORIA A 75 AÑOS DEL BOGOTAZO

1ª edición: abril 2023

© Gloria Gaitán, Juan Guillermo Gómez

© Universidad de Antioquia - Unidad Especial de Paz

Concepto editorial:

Asesor editorial:

Corrección de estilo:

Diseño y diagramación:

Diseño de carátula:

ISBN:

Impreso por:

Teléfono:

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de las titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

GAITÁN

MEMORIA E HISTORIA A 75 AÑOS DEL BOGOTAZO

Juan Camilo Dávila Rodríguez

Compilador y editor académico

Unidad Especial de Paz

Grupo de Estudios en Literatura y
Cultura Intelectual Latinoamericana (GELCIL)

Universidad de Antioquia



UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA

CONTROVERSIA
EDITORIAL



Índice

Palabras del rector	
<i>John Jairo Arboleda Céspedes</i>	9
Nota editorial	
<i>Juan Camilo Dávila Rodríguez</i>	11
Sobre el 9 de Abril. A 75 años de la muerte de Gaitán	
<i>Juan Guillermo Gómez</i>	15
Bibliografía mínima.....	55
Discursos Jorge Eliécer Gaitán	57
Oración por la Paz.....	58
Oración por los Humildes	61
El País Político y el País Nacional.....	64
Discurso-Programa de su Candidatura Presidencial.....	83

PALABRAS DEL RECTOR

Hace 75 años fue asesinado en una calle céntrica de Bogotá Jorge Eliécer Gaitán. Su presencia histórica es un eco que todavía se escucha en lo más profundo de la vida pública de Colombia. Hoy, nuestra Alma Mater quiere conmemorar esta fecha y mostrar a nuestros jóvenes estudiantes, principalmente, el alcance y sentido de una vida y un pensamiento de enorme actualidad. Se dice que Gaitán vive y por ese motivo quisimos dar la palabra a las diversas voces aquí convocadas para este 19 y 20 de abril en nuestro Campus universitario. Es así, también un homenaje a sus descendientes, Gloria y María Gaitán, como a los académicos, intelectuales, personajes públicos, artistas, estudiantes y colectivos de víctimas invitados a esta ocasión especial.

Ofrecer al público universitario y, en general, a la opinión nacional estas páginas impresas, es una evocación y sobre todo un motivo para reforzar la esperanza de una paz sin dilaciones ni treguas. El dolor colectivo de tantos millones de víctimas, sacrificadas por décadas por las más diversas causas y más absurdos sin razones, late en nuestro anhelo universitario de paz. Este anhelo teje el tapiz del futuro próximo promisorio y se rehace, perseverante, con mayor fuerza desde su trasfondo más profundo.

Colombia hoy reclama paz, una paz cierta y duradera. La figura de Gaitán, de este hombre nacido en las entrañas de la vida del pueblo más humilde, pero también del destacado hombre de pensamiento y acción

progresista, nos habla desde el corazón del pasado como siempre habló a las multitudes: para que se le escuchara, se le entendiera y se le interpretara en clave de vida democrática nacional.

Hoy pues nos convoca este enorme episodio del asesinato de Gaitán a reflexionar sobre el destino de nuestra nacionalidad, en un instante crucial. El actual. En que debemos concitar todos nuestros esfuerzos por responder a esa demanda como universidad pública, en días aún aciagos para días luminosos.

John Jairo Arboleda Céspedes

Rector Universidad de Antioquia

9 de abril de 2023

NOTA EDITORIAL

En la vida universitaria, no existe mejor recordatorio para una fecha simbólica y un acto de homenaje, que un libro de conmemoración. El libro que aquí se presenta al público es la conjugación del esfuerzo de diferentes unidades académicas y administrativas de la Universidad de Antioquia que se han unido para rendir un homenaje a Jorge Eliécer Gaitán como símbolo de las víctimas en Colombia a 75 años de su asesinato, acaecido el 9 de abril de 1948 en la ciudad de Bogotá.

Para la presente ocasión, el libro está dividido en dos partes. En la primera, el profesor Juan Guillermo Gómez García, adscrito a la Facultad de Comunicaciones y Filología de la Universidad de Antioquia, presenta un análisis de las condiciones y consecuencias de aquel aciago día en la historia política y social de Colombia. A manera de crónica, el profesor Gómez expone una reflexión que nos introduce en el universo social que es Gaitán: su vida, su formación, sus luchas y sus pensamientos. Concluyendo, finalmente, en un análisis de lo que significó y significa tan importante personaje en la historia colombiana.

En la segunda parte de este compendio se presentan cuatro discursos emblemáticos de Gaitán. La selección de estos, como cualquier selección, es algo arbitraria, pero responde a varios criterios: el primer parámetro pondera el hecho de que en estos discursos se hace patente el pensamiento político, social y económico de su autor; el segundo, cen-

tra la atención en la capacidad retórica y la emotividad que se evidencia en el ritmo del discurso, y en el lenguaje que se utiliza, algo propio de un caudillo político; finalmente, el último criterio tiene que ver con la trascendencia de cada uno de estos discursos, pues los mismos fueron enunciados en ocasiones memorables ante grandes masas de seguidores, y en el marco de algún acontecimiento político que marcaba la agenda política de aquellos turbulentos años.

La disposición de estos icónicos discursos, la cual prescinde de un parámetro cronológico, responde a su vez a dos elementos de necesaria enunciación: en primer lugar, no se puede perder de vista que el centro de la presente conmemoración son las víctimas del conflicto y el anhelo de estas y de la sociedad colombiana en su conjunto por un país en paz, por lo que dentro del repertorio de obras de Gaitán no hay discursos que reconozcan mejor a las víctimas y planteen la paz como una bandera política que la “Oración por la Paz” y la “Oración por los Humildes”. Así, presentar primeramente estos dos textos es una obligación con las víctimas en su día y con la paz como exigencia social y política. En segundo lugar, atendiendo a los criterios de selección, el orden de los dos discursos que complementan esta conmemoración responde a un parámetro netamente conceptual: en “El País Político y el País Nacional” (1946) se halla un elemento discursivo fundamental dentro del pensamiento de Gaitán, la construcción de la nación, la cual identifica a un grupo, el pueblo, en contraposición a otro, la oligarquía. Comprender este elemento conceptual y discursivo potencia, a juicio del editor, el significado y valor del “Discurso-Programa de su Candidatura Presidencial” (1945), que de manera implícita ya planteaba, o mejor, presuponía, la nación y la enunciada contraposición.

Para la edición de estos discursos se tuvieron en cuenta las ediciones de los textos de Gaitán en las *Obras selectas*, a cargo de Jorge Mario

Eastman para la colección “Pensadores Políticos Colombianos” de la Cámara de Representantes (1979, Imprenta Nacional); la edición de Jorge Villaveces de *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán 1919-1948* (2da edición 1968, Editorial Jorvi); y la edición de Santiago Perry de *Escritos políticos* (1984, Áncora Editores). Cotejadas estas ediciones, y sumadas a los registros de audio que se conservan de la época, se decidió optar por seguir la edición de Eastman (1979), corrigiendo las imprecisiones y erratas encontradas.

Finalmente, es imperativo dejar aquí plasmado un profundo agradecimiento a las herederas del legado de Jorge Eliécer Gaitán, las líderes sociales y políticas, Gloria Gaitán y sus hijas, María Gaitán y Catalina Gaitán, por la disposición y el apoyo a este acto conmemorativo de las víctimas del conflicto en Colombia simbolizadas en la gran figura del Caudillo del Pueblo. El trabajo de estas mujeres por conservar el legado y continuar con las luchas de Gaitán es digno de reconocimiento, por lo que el presente libro es también un homenaje a las luchas de estas mujeres.

Con todo, se espera que la presente edición permita al lector del siglo XXI tener una idea formada de la importancia y actualidad de la figura de Gaitán en la vida nacional, sobre todo, en el marco de los acontecimientos y reformas a las que estamos asistiendo en la actualidad.

Juan Camilo Dávila Rodríguez

SOBRE EL 9 DE ABRIL. A 75 AÑOS DEL ASESINATO DE GAITÁN

GAITÁN: UN SÍMBOLO HISTÓRICO DE LAS VÍCTIMAS DEL CONFLICTO ARMADO INTERNO

El 9 de abril de 2023 se conmemoran los 75 años del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán, en el cruce de la carrera Séptima con Avenida Jiménez en Bogotá. Su cuerpo fue abaleado de tres tiros, dos en la espalda que atravesaron los pulmones y uno que dio en la base del cráneo. Era la una y cinco minutos de un día lluvioso. Los acompañantes, entre los que se encontraban el político Plinio Mendoza Neira y el médico Pedro Eliseo Cruz, arrastraron el cuerpo casi sin vida a un taxi que los llevó a la Clínica Central. Allí falleció, como consta en el parte médico, a la una y cincuenta y cinco minutos de la tarde, poco antes de tener una cita con el líder estudiantil Fidel Castro. Entretanto, la muchedumbre desconcertada y huérfana, se volcó sobre el homicida que trató de refugiarse en vano, en una droguería. Fue linchado y su cuerpo arrastrado desnudo por las calles con una rabia incontenida.

La muerte de Gaitán es hasta hoy un símbolo de millares de víctimas que caen a diario, desde esa noche de nuestra historia colombiana que se sucede por décadas. Es por eso que la ley 1448 del 2011, en su ARTÍCULO 142, consagra la fecha como día NACIONAL DE LA

MEMORIA Y SOLIDARIDAD CON LAS VÍCTIMAS. “El 9 de abril de cada año, se celebrará el Día de la Memoria y Solidaridad con las Víctimas y se realizarán por parte del Estado colombiano, eventos de memoria y reconocimiento de los hechos que han victimizado a los colombianos y colombianas”, y agrega que “... el Congreso de la República se reunirá en pleno ese día para escuchar a las víctimas en una jornada de sesión permanente”.

BREVÍSIMA VIDA POLÍTICA DE GAITÁN

Jorge Eliécer Gaitán Ayala nace en Bogotá el 23 de enero de 1903 y crece en el barrio Las Cruces, en las laderas de la cordillera oriental, en el seno de una familia de recursos precarios que se venía a pique. Su padre, Eliécer Gaitán, era un aspirante de historiador frustrado que vendía libros de viejo y almanaques que él mismo diseñada con figuras de los héroes de las guerras civiles, de Uribe Uribe, Benjamín Herrera y Gabriel Vargas Santos. Su madre, Manuela Ayala, era una modesta maestra de escuela en Cucunubá, con pretensiones sociales y una abnegada dedicación a su hogar. Por razones económicas, es decir, de desclasados, pasan a vivir al barrio vecino de Egipto, donde el hijo mayor — entre otros cinco hermanos— crece entre la plebe barrial. Al niño Jorge Eliécer, asegura uno de sus biógrafos, “...lo vestían con un cuello marino, planchado que le llegaba hasta los hombros, un amplio lazo de corbata escocesa, una gorra de visera, pantalones recogidos sobre las rodillas y medias negras de hilo que destacaban las delgadas piernas y la desproporcionada longitud de sus zapatos”.

Por razones de instinto y de sobrevivencia social, su padre impulsa a su hijo a una profesión artesanal o de oficios prácticos, mientras su madre lo orienta hacia los ideales más encumbrados de una profesión intelectual. Desde los primeros años y medio enfermizo, Jorge Eliécer cursa la

primaria en Facatativá y, ante la negativa de becas en el San Bartolomé o el Rosario, ingresa al colegio de origen liberal, Simón Araujo, en cuyo portón cuelga un aviso: “Dios no existe”. En este lugar se destaca por su rebeldía, indisciplina y elocuencia. Padece en carne viva la lacerante experiencia de la pobreza en un medio colegial de niños adinerados, presuntuosos, despreocupados, bien vestidos y bien alimentados (como copiada de *Garabato*, el drama novelístico de Osorio Lizarazo). Padece el niño y adolescente el rencor acumulado de su padre que se descargaba con irreconciliable furia sobre su primogénito talentoso.

En 1917 apoya a Guillermo Valencia, en su aspiración presidencial contra el ultraconservador Marco Fidel Suárez. Al año siguiente *El Tiempo* destaca una conferencia del adolescente en el Comité Republicano del barrio San Victorino. Comienza la carrera de articulista de prensa, con asuntos colegiales y de política nacional. Sobresale “La cuestión jurídica de la obra del señor Suárez”. Dos años después participa activamente en la huelga de sastres del 16 de marzo de 1919, quienes protestan contra la importación de uniformes norteamericanos, huelga que desestabiliza el régimen de turno. Ve caer sin vida al obrero Carlos Julio Chávez. Para 1920 ingresa a la Universidad Nacional a estudiar Derecho, lo que significaba algo excepcional para un joven de origen familiar humilde y tez aindiada. Allí se hace nombrar director de Centro Cultural que luego organiza un ciclo de conferencias en el Teatro Colón. Participa de la vida bohemia en las tertulias del Café Windsor. Practica deportes en las mañanas y los domingos trepa a los cerros orientales. Rema en el Luna Park. Sus hábitos abstemios, recuerdan a Lenin. Le gustaba jugar el popular tejo y comer carne con papas chorriadas.

En 1922 apoya la candidatura presidencial del general liberal Benjamín Herrera y, al año siguiente, es elegido como representante a la Asamblea Departamental de Cundinamarca, gracias a los votos de sus adeptos

de Girardot. Defiende a un modesto dueño de un alambique de nombre Antonio Vélez contra el potentado tolimense Emilio Laserna — padre de Mario Laserna—, quien se había hecho al monopolio de esa rentable producción de licores como estanquero. Se recuerda una sentencia pronunciada por el defensor de oficio: “...el agiotismo y la avaricia se parecían al hombre sediento que bebía agua salada, entre más la bebe, más sed le da”. Escribe su tesis doctoral para la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional *Las ideas socialistas en Colombia* en 1924.

Viaja a Italia entre 1926 y 1928, gracias al apoyo financiero de su hermano Manuel José, propietario de la Farmacia Venecia. En Roma estudia con Enrico Ferri, uno de los más prominentes criminalistas italianos, ya adepto, para esos años, a Mussolini. Recibe una carta fechada el 20 de enero de 1928 en la que el propio catedrático le comunica que, “por votación unánime”, se le confiere el “Premio Ferri”, por “su trabajo sobre la premeditación”. La novedad metodológica del positivismo criminal, como hemos insinuado, estaba ya largamente elaborada por la ciencia europea (al menos desde 1890 con Gabriel Tarde, Gustav Le Bon, Ferdinand Tönnies y sobre todo Emile Durkheim), y para esos años en que estudia Gaitán con Ferri, se empezaba a consolidar la fase crítica contra la predominancia de la escuela positivista, como ya se expresa en *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje* (1926) de Bronislaw Malinowski. El positivismo penal (escuela sociológica que se consolidaba desde hacía tres décadas) frente al liberalismo clásico le abre un horizonte crítico novedoso. Obtiene *magna cum laude* en su tesis doctoral de criminología. Examina con atención al Duce, quien cuatro años atrás había protagonizado la marcha sobre Roma. Tal vez de esa experiencia nace su admiración por imponentes desfiles militares y su innegable capacidad de hipnotizar a las masas. Solo un año antes, recordemos, el también plebeyo José Carlos Mariátegui, inspirador del socialismo pe-

ruano, había publicado *La escena contemporánea* (1925), una muy aguda panorámica de la Italia fascista, tras la Primera Guerra mundial.

Regresa Gaitán a Colombia donde es elegido a la Cámara de Representantes, disputando los votos en las regiones campesinas al Partido Comunista. Se destaca su denuncia de la masacre de las bananeras en Ciénaga, Magdalena. Diariamente a las cinco de la tarde en el Capitolio denunció por semanas el horrendo crimen contra los trabajadores de la compañía norteamericana *United Fruit Company*. En esas memorables intervenciones, asegura Milton Puentes, historiador del Partido Liberal, mostró “... restos humanos de niños que pertenecían a las víctimas asesinadas por los fusiles oficiales”. Se hizo enormemente popular en toda la nación. Muchos niños de campesinos son bautizados en los departamentos de Cundinamarca y Tolima, en esos años, con el nombre Jorge Eliécer. Es rector de la Universidad Libre, antes Universidad Republicana.

A finales de 1932, el general peruano Sánchez Cerro invade Leticia, para tratar de ganar en la guerra contra Colombia el prestigio político de que carecía en su país. El presidente Olaya Herrera encomienda a Gaitán visitar varias naciones centroamericanas en defensa de la posición del país: condena el irredentismo de Loreto, apoyándose en el tratado Salomón-Lozano de 1922 en que Colombia afirma la posesión del poblado fronterizo de Leticia. Se resalta su conferencia en México sobre el diferendo colombo-peruano.

Regresa a Colombia y visita a Medellín, recién llegado de los Estados Unidos, en donde conoce a Amparo Jaramillo. La crónica local dice que el encuentro tuvo lugar en el elegante Club Unión; ella, vestida de verde esmerada. Se casa con la dama antioqueña en mayo de 1936 en la iglesia de la Candelaria, declarándose el líder liberal ante la curia como “no católico”. Fue padrino Eduardo Santos, más tarde presidente de Colombia.

En 1933 forma la Unión Izquierdista Revolucionaria (UNIR), que rompe con el oficialismo liberal. Trata de establecer un movimiento partidista que se distancia del Partido Liberal, que había ganado las elecciones en 1930, bajo el entendido de que “... liberales y conservadores dirigentes se hallan de acuerdo”. El programa social de la UNIR sienta las exigencias para una sociedad mucho más justa y denuncia los problemas sociales más agraviantes. Era pues la UNIR una tercera vía en las luchas entre los partidos dominantes tradicionales y, al tiempo, un desafío al Partido Comunista. Pretende llevar la higiene a las veredas más remotas repartiendo jabones y artículos de aseo. Tras marcharse del lugar el candidato, los campesinos los canjeaban por aguardiente. En la correría por las inmediaciones de Fusagasugá, un municipio de tierra templada al suroccidente de la capital, es testigo presencial de otro suceso trágico. La tensión manifiesta de los aparceros de la Hacienda el Chochó, que esperan con impaciencia al líder unirista, desata una represión ejercida por la policía. Se asesina a Polanía Beltrán y a tres campesinos más, reconocidos en la zona.

Se reintegra en 1935 al Partido Liberal y es nombrado alcalde de Bogotá en ese mismo año por el presidente Alfonso López Pumarejo. Como alcalde se le recuerda a Gaitán, entre otros muchos motivos, por haber contratado el primer proyecto urbanístico moderno de la ciudad, de mano del urbanista vienés Karl Brunner, y de haber contribuido a la difusión de la cultura musical, al organizar el primer concierto público en la recién adquirida, como propiedad de la ciudad, Plaza de Santa María. Los famosos “Viernes Culturales”, en el Teatro Municipal, y la Feria del Libro son realizaciones que llevan su sello distintivo. Se suma a sus contribuciones el proyecto de asentamiento de un barrio para la población marginada en los alrededores del Cerro de Monserrate: “... el crecimiento desordenado se detuvo en el sector”, asegura la investi-

gadora Sandra Patricia Ortiz. Se ve obligado a renunciar al cargo por la férrea oposición que hacen los taxistas cuando los obliga a prescindir de la tradicional ruana. Es el 7 de febrero de 1937.

Es nombrado miembro de la Academia Colombiana de Jurisprudencia y se desempeña poco después como ministro de Educación y Trabajo. Reúne un cierto capital en bienes raíces y acciones que le permiten vivir con holgura. Para la segunda elección de López Pumarejo (1942) prefiere adherirse a los liberales anti-lopistas de centro derecha en cabeza de Carlos Arango Vélez. Son derrotados.

Para 1944 funda el periódico *Jornada*, de la mano del periodista y novelista José Antonio Osorio Lizarazo, con el fin de dar impulso a su futura campaña presidencial. Lo secundaban Francisco J. Chaux, Armando Solano, Julio Ortiz Márquez y Uribe Márquez. La empresa periodista es muy novedosa. El periódico se capitaliza con acciones de un peso adquiridas por miles de sus seguidores más modestos. Artesanos, mujeres del servicio, emboladores, quizá asaltantes. Allí figura como protagonista la clase social plebeya, a diferencia de la publicación oligarca, *El Tiempo*, propiedad de Eduardo Santos. Las asambleas de accionistas son tumultuarias, actos políticos. El lenguaje era del común, la circulación del común, el lector del común. Tuvo “una perspectiva multiclasista”, subraya la investigadora Adriana Rodríguez Franco. Se llegaron a editar sesenta mil ejemplares. Gaitán daba la línea editorial: “Hay que hacer recuadros con las cosas populares, que vayan directamente a la imaginación de la masa, porque el periódico tiene que ser un periódico para el pueblo, esencialmente para el pueblo. Hay que interpretarle las noticias, hay que decirle qué es lo que pasa en España, hay que decirle cómo están combatiendo los republicanos españoles, hay que publicar fotografías, hay que darle gran importancia a la imagen”, rememora Darío Samper.

Se lanza a la candidatura presidencial de 1946 con un Partido Liberal dividido (su opositor es Gabriel Turbay: “fino, sutil, imaginativo”). Gaitán se presenta el 23 de febrero en el marco de la Plaza de Santamaría, rodeado de un puñado de amigos cercanos. Figuran el abogado Luis Eduardo Gacharná y el historiador Guillermo Hernández Rodríguez. Un íntimo del Jefe asegura que la campaña se inicia en el Bar Cecilia. Continuó en el Circo de Toros. Se asegura que no pocos conservadores de estratos populares se sentían gaitanistas. También excomunistas se aliaron a la campaña presidencial de Gaitán y aportaron su disciplina partidista.

Gana la Presidencia el conservador Mariano Ospina Pérez, bajo la consigna de la Unión Nacional. Tras la derrota esa misma noche, según un testigo presencial, Gaitán dice en privado: perdimos porque “la pelea ha sido entre liberales”. Es decir, se siente derrotado Gabriel Turbay que se autoexilia en París y muere pocos meses después. Gaitán se siente seguro de su futuro político, al menos ante la opinión pública, de ser el vencedor próximo. Ganó Gaitán, como preveía, las elecciones de “mitaca” de 1947. Era el augurio del triunfo presidencial. Escribió: “No debemos perder el control y el equilibrio que nos ha permitido esta gran revolución cívica”.

Legendaria se hizo la marcha de las Antorchas, de estopa y aceite. Se le acusó de fascista. De mayor significación fue la siguiente. Ante la aguda violencia liberal-conservadora que asola a los pueblos, del Valle a Santander, del Tolima a Cundinamarca y Boyacá, el día 7 de febrero de 1948 el tribuno liberal convoca a las multitudes a la Plaza de Bolívar para protestar contra la inercia del presidente Ospina Pérez. Hay que recordar que ya operaba la Policía Política, la temible POPOL. Laureano Gómez colaboraba eficazmente con echar más combustible a la opinión al declarar que hay un millón ochocientos mil cédulas falsas. Fraude *ergo*

violencia. Parlamentarios apuntan con armas de fuego a parlamentarios en el recinto del Congreso. Se habla de gansterismo parlamentario. Del campo al parlamento y del parlamento a los cafés del centro de la ciudad, la violencia se expande a pasos agigantados.

Así Gaitán los desafía en plena vía pública con su marcha ese 7 de febrero, dos meses antes de ser asesinado. La multitud se moviliza en medio de un mutismo fúnebre. Un marchante acentúa: “La gente se abstuvo hasta de respirar”. La disciplinada organización barrial y zonal precedía este orden. La Perseverancia, Las Nieves, La Merced, Los Laches... obedecían a los dirigentes Pedro “el Indio” Garzón o Donato Camargo. La gente se agolpaba procedente de pueblos cercanos: Villeta, Chocontá, Pachó... Banderas negras se enarbolaban como seña de luto por los caídos. La emblemática Plaza de Bolívar alberga ese día cerca de ochenta mil seguidores, según los testigos. Como corozos pendía la gente de los faroles y postes. Gaitán se asoma al balcón y pronuncia su más célebre discurso (de menos de una decena de párrafos): “Señor Presidente: Serenamente, tranquilamente con la emoción que atraviesa el espíritu de los hombres que llenan esta Plaza, os pedimos que ejerzáis vuestro mandato... para devolver al país la tranquilidad pública”. Al culminar, se dispersan sus seguidores como vinieron. Es la Marcha del Silencio.

En la mañana que sería abaleado, había protagonizado Gaitán un resonante triunfo, al lograr la absolución del teniente Cortés Poveda, quien había asesinado años antes al periodista Eudoro Galarza, proceso penal que siguió expectante la opinión pública por una emisora, La Voz de Bogotá, a la que se convino su pago correspondiente. Su defensa había concluido a la una y diez minutos de la madrugada y la absolución de los jueces de conciencia tuvo lugar exactamente una hora más tarde. Fue cargado en hombros por las barras. Se trataba de defender no solo al teniente (se habían acumulado ciento ochenta declaraciones), sino

el honor de la institución militar. La defensa, por la que apenas cobró un centavo, le podría dar réditos políticos: ganarse el favor del ejército. Se tenía previsto, por algunos oficiales, en caso de triunfar, rendir homenaje al prominente abogado penalista. Al menos una docena de sus seguidores lo acompañaron esa mañana en su despacho del edificio Agustín Nieto. Se mostraba de humor exultante. El teniente Cortés fue absuelto, Gaitán asesinado.

Todo parecía conjugarse en un juego de azar siniestro. Triunfo en estrados judiciales, violencia exacerbada en las provincias, el desaire del gobierno de Ospina... los balazos homicidas. En efecto, el clima político desde la Marcha del Silencio al Bogotazo solo empeoraba, a diario, en las provincias. El precio de los víveres y arriendos estaba por las nubes, sin precedentes. Por esas semanas tenía lugar la IX Conferencia Panamericana, que crea la Organización de Estados Americanos (OEA), con presencia del Secretario de Estado norteamericano Marshall y 21 naciones firmantes. Es Canciller Laureano Gómez. Este rechaza enfáticamente la delegación de Gaitán como representante del gobierno ante la Conferencia. Se traza una línea gélida insalvable, de consecuencias desastrosas, entre el liberalismo y el gobierno de Ospina solo a días de la reunión Panamericana.

Nada que disonara más al pacto de sujeción a las políticas continentales, bajo la égida norteamericana, que ciertas palabras de Gaitán: “El liberalismo proclama su solidaridad con todas las fuerzas políticas de izquierda que en el continente americano luchan para hacer efectiva la democracia, liberándola del dominio de los grupos plutocráticos, que en lo externo actúan como fuerza imperialista y en lo interno como oligarquías, que concentran en su excluyente interés los poderes económicos como medio de influencia política, y la influencia política como medio de ventajas económicas”. Había que ponerlo fuera de juego.

LAS IDEAS POLÍTICAS Y SOCIALES DE GAITÁN

Gaitán fue un hombre de acción, pero también un hombre de ideas políticas y sociales. Una y las otras van de la mano y se complementan. La vida práctica, las situaciones políticas en su permanente vaivén y derivas a encrucijadas, marcaron la ruta para la elaboración del inventario intelectual e ideológico que lo distinguió. La experiencia vivida directamente de la fuerza popular, de la movilización del pueblo en las plazas, las marchas, las protestas fueron conjugadas con la verbalización y la expresión intelectual que les dio eco. La fidelidad al sentimiento popular, la empatía por su origen social plebeyo y la animosidad personal fueron espontáneas, inmediatas y luego reflexivas, elaboradas en conceptos que se traducían en su oratoria, en consignas y en eslóganes popularmente reconocibles.

Como ya dijimos, Gaitán empezó a escribir muy tempranamente en periódicos, participó en tertulias como la del Café Windsor, en la que se codeó con personalidades como Gabriel Turbay y Silvio Villegas, el ruso Silvestre Zawitzky (un comerciante arruinado propietario de la “Tintorería Frankfurt” que animaba un círculo de lectura de Marx entre quienes se destacaba un Luis Tejada) y, en cuyas mesas, se fue conociendo el círculo literario y poético que tendrá el nombre “Los Nuevos” en la historia intelectual del país. Allí, la presencia de figuras como Luis Vidales, Ricardo Rendón, Jorge y Eduardo Zalamea Borda, León de Greiff y Juan Lozano y Lozano era cotidiana. La Librería Nueva de Jorge Roa surtía de novedades librescas: de esos estantes los Leopardos nutrían su fe ultranacionalista (leen a los anti-republicanos derechistas franceses Barrés, Maurras, Bernanos).

Jorge Eliécer Gaitán escribe en 1924 su tesis para optar al grado de Doctor en Derecho y Ciencias Sociales con el título muy llamativo *Las ideas socialistas en Colombia*. La obra pretende resolver un acertijo

que reclamaba una concisa y clara respuesta. ¿Es posible el socialismo en nuestro país, en un país de un capitalismo incipiente? La respuesta o intentos de respuestas — pues la tesis obra en diversos circunloquios evasivos— lo obligan a la lectura de las obras de referencias, casi todas de origen europeo, de que podía disponer en ese momento. Los vacíos en la formación filosófica, entendibles en un país sin una facultad de Filosofía (esta solo se da hacia mediados de los años cuarenta, bajo el impulso de Cayetano Betancur, Danilo Cruz Vélez y Rafael Carrillo), no inhabilitan al joven abogado Gaitán a aventurarse a descifrar el complejo enigma investigativo.

Parecen o resultan más vivos y actuales los retratos de los problemas sociales colombianos que este recorrido político-filosófico tras la entrada del materialismo histórico europeo. Citemos un pasaje: “Recorred la mayor parte de nuestra ciudad capital, cruzad como nosotros lo hemos hecho, los lugares donde viven las clases humildes, encontraréis, miseria, un inaudito desamparo, una vida trágica y dolorosa, el espectáculo de una ciudad que deslíe en la más pavorosa de las ignominias. Mirad la tragedia silenciosa y oculta de la clase media. Pensad en sus afanes, recordad todos estos casos diarios y siniestros de hambre que allí pasa. No os quedéis en Bogotá visitad las demás poblaciones del país, y encontraréis una similitud completa de situaciones. Y pensad todavía más allá, no olvidéis a los seres cuyo desamparo es más grande aún, los labriegos, los campesinos”.

En este párrafo se mencionan la miseria y afanes económico-sociales de la plebe artesanal urbana, de las clases medias (a las que él pudiera pertenecer) y del campesinado. En los últimos renglones de su tesis universitaria, apela a favor de una lucha por la selección social (la idea no es marxista sino del evolucionismo spenceriano) para Colombia. No es el talento personal y disciplinado, ni la virtud social, lo imperativo; solo

el dinero, las fortunas privadas, lo que decide los puestos de privilegio: “La decantada selección natural es hoy una mentira. Se trata solamente del triunfo no de los hombres, sino del dinero, del más tortuoso, del más dolosamente audaz. ¿Se nos ha demostrado que es superior el especulador de la ciudad al bravo campesino, sano y honrado?”. Frases o concepciones similares se pueden entresacar de sus coetáneos afines, Baldomero Sanín Cano, Alejandro López o Carlos Arturo Torres.

Casi una década después, ya curtido por los embates de la vida pública, Gaitán decide lanzarse al ruedo electoral por cuenta y riesgo propio. Su “Manifiesto de la Unión Izquierdista Revolucionaria” (UNIR) de 1933 era una sonora nominación para su partido en génesis. Gaitán, quien actuaba en asocio con Carlos Arango Vélez, expone el programa y la plataforma para hacer realidad la revolución social en ciernes que demanda el país. La actualidad de esa postulación descansa en los medios pacíficos a que debe conducir una transformación desde el Estado como pieza clave de intervención sobre la economía nacional y en pos de la integración de las grandes masas desvalidas a las exigencias más sentidas. Niega Gaitán la existencia de una verdadera lucha de clases en Colombia —por falta de conciencia de clase de la mayoría de nuestra clase trabajadora, de artesanos, campesinos, obreros no sindicalizados o, dicho de otro modo, por su ignorancia—, sin desconocer el drama inculcable de las inmensas distancias entre las clases sociales.

No se puede pretender, según el candidato independiente, una resolución inmediata, es decir, una transformación radical de tipo comunista en un país que adolece de una conciencia de cambio, por virtud de “... el fracaso de nuestra cultura, de la cultura de nuestros hombres políticos que, alejados de la concepción metodizada y compleja de las ideas...” le aplica a nuestra realidad “un criterio simplista”. El núcleo de su programa va al fondo de este intervencionismo planificador, en

el corazón de la gran empresa privada: “El Estado tendrá, en todas las juntas directivas de las sociedades anónimas, representante y se hará un control de precios en la fuente y se hará la protección arancelaria condicionada a la producción cuantitativa y cualitativa, los índices de precios y al régimen de salarios”. Después de su rotundo fracaso electoral, Gaitán retorna a las filas del Partido Liberal que, junto a López Pumarejo, avanza sin discusión en estos planteamientos.

Entre su ideario social y político sobresalen también el Plan Gaitán, con apoyo de socialistas y comunistas como Antonio García y Guillermo Hernández. El discurso “El país político y el país nacional”, pronunciado en el primer semestre de 1945, resuena hasta hoy en sus significación de fondo. La irreversible crisis del lopismo ha desnudado, como se dice en ese trascendental documento, “... una concentración de plutócratas, hombres de todos los partidos y ligados a la vida de la especulación, reunidos para llevar a la realidad el programa aquel de la redención del pueblo. El país político es la oligarquía, concentrada en un pequeño grupo, de espaldas al país nacional, que es, por el contrario las inmensas multitudes”, y “...que se hallan aquí presentes: profesionales, estudiantes, obreros, comerciantes, trabajadores de todas las clases”. Dicotomía entre país político y país nacional, que parece retomar, implícita o involuntariamente, la tajante y vistosa división de la nación del padre de las ciencias sociales Saint-Simon en su célebre *Catecismo político de los industriales* (1825).

Las ideas de Gaitán también estaban en sintonía con líderes latinoamericanos como Haya de la Torre del APRA peruano, Rómulo Betancourt de la Agrupación Revolucionaria de Izquierda venezolana (ARDI), Lázaro Cárdenas en México y se contraponían a la acción dictatorial de Somoza, Juan Vicente Gómez, Trujillo, Pérez Jiménez, Odrías.

EL BOGOTAZO

El prestigioso parlamentario y litigante penalista Jorge Eliécer Gaitán fue ultimado de tres balazos por un hombre anónimo a la salida de su oficina en el centro de Bogotá hacia la una de la tarde del día lluvioso 9 de abril de 1948. El arma homicida, un Smith & Wesson, 32 corto niquelado. Todavía parece retumbar el tiroteo cuando, al ver la pequeña placa de mármol, se acerca el transeúnte o paseante por esa esquina entre la Carrera Séptima y la Avenida Jiménez, las dos arterias más importantes de la ciudad en esa época. Cayó el hombre prominente muy cerca de esa esquina, entre el estupor de los cuatro amigos que le acompañaban, y sin lograr pensar ninguno de ellos (el primero era el mismo tribuno popular) que podría ser cosido a tiros.

Cayó Gaitán sin conciencia, conforme los testigos; trató de ser auxiliado en vano, mientras una onda de estupor y desconcierto rodeaba una escena indescriptible. Los testigos presenciales describen las escenas de los tres disparos (o cuatro), la caída de espalda del líder en el andén y el hilo de sangre que emanaban de su cráneo (o de la comisura de los labios), el hombre menesteroso con el revólver en la mano, su posterior entrega a un miembro de la policía a algunos metros. A Gaitán lo suben a un taxi. La concurrencia de los Cafés Colombia, Asturias, Inca y Gato Negro escuchó las detonaciones y fue testigo ocular de las reacciones públicas de los primeros instantes del magnicidio. Algunos hablan de fotos tomadas al hilo del crimen. Poco a poco, como en susurros imperceptibles se fue elevando la voz popular que hacía eco a lo imponderable: “Mataron a Gaitán” “Asesinaron a Gaitán”.

El susurro de los primeros testigos, sin dar crédito a lo que veían, se fue transmitiendo en un voz a voz, como una consigna macabra, que se expandía y aglutinaba primero a unos y luego a multitudes iracundas, incrédulas y que clamaban la venganza. Eran pocos los que fueron tes-

tigos directos y tras la alarma, los miles de huérfanos que, en principio, no saben a dónde ir y pronto tratan de direccionar su accionar colectivo al epicentro que consideran culpable del drama: el Palacio presidencial. Algún piadoso empapa su pañuelo de la sangre derramada del caudillo.

La multitud obra, en ese primer momento, de modo predecible: arrincona al homicida hacia la Droguería Granada, lo saca a empellones contra la voluntad del dragoneante Jiménez quien intenta protegerlo, lo lincha, lo pateo sin misericordia, casi le descuartizan halando cada una de sus extremidades, lo desnuda y así lo arrastra como trofeo atroz para exhibirlo al frente del Palacio presidencial. Se llamaba Juan Roa Sierra, bajito, vestido con traje a rayas opaco y de medio pelo. Francisco Gaitán Pardo, administrador de *Jornada*, asegura que el asesino fue otro. Nada puede impedir el linchamiento de los enfurecidos. Gabriel Retrepo, un miembro del Partido Comunista, que circulaba de casualidad, se encargó de recoger las prendas de vestir —las llevó a las oficinas de *Jornada*— que iba dejando la multitud del homicida perpetrador. Se da inicio al tiroteo de la fuerza pública contra la inerme ciudadanía.

El hombre del pueblo, que en esa hora se viste de luto y recae en una ebriedad colectiva, demanda venganza. Es una reacción colectiva mecánica, en cadena. La sensación de encontrarse en medio de un desamparo infinito, lo induce a una acción multitudinaria furiosa que eleva la indignación a un grito sobrecogedor. El furor desde dentro se conjuga con el huracán callejero, con una tempestad sin precedentes, en la historia de la amorfa y fría capital. De los edificios públicos en llamas se lanzan por la boca de las ventanas, escritorios, documentos, lámparas, máquinas de escribir. Hubo saqueos a montón, escasos robos. Se fabrica improvisadamente coctel Molotov. Se dispara desde los campanarios de iglesias. La policía, sublevada contra el régimen ospinista, secundó a la multitud y cruzó disparos contra la Guardia presidencial. Masas

inexpertas en el fuego cruzado. Los tranvías lucían desparrancados boca arriba. Rodó el licor, de boca en boca, en abundancia, con sello departamental y adulterado.

Entre tanto, fallece el líder del pueblo Gaitán, el gran e incomparable orador que había electrizado, solo unos días antes en la Plaza de Bolívar, a sus multitudes con su voz ronca, acompasada, llena de pausas tremendas y rugidos de animal en celo. Sus largos y bien cincelados periodos oratorios todavía zumbaban en los oídos de sus fervorosos admiradores; su “Oración por la paz”, pronunciada el 7 de febrero de ese año fatídico, vivía y de algún modo sigue viviendo en el más profundo subconsciente colectivo, y nunca sobra volver a reproducir su mensaje: “Señor Presidente Mariano Ospina Pérez: Bajo el peso de una honda emoción me dirijo a vuestra Excelencia, interpretando el querer y la voluntad de esta inmensa multitud que esconde su ardiente corazón, lacerado por tanta injusticia, bajo un silencio clamoroso, para pedir que haya paz y piedad para la patria”.

Son pocos y privilegiados quienes hacen presencia en el deceso. Entre ellos se toman fotos con el occiso, para su posteridad. Son miles las escenas que han sido mil veces narradas de las horas que siguieron al asesinato, que apenas vale repetir. Solo ha quedado el deseo de no olvidar el instante, tratar de reproducir cada detalle, de un modo entre forense y altamente emocional. Nada se puede hacer: en vano se aplica una inyección intravenosa de plasma Lyovac, una ampolleta de digaleno y otra de morfina. Amparo Jaramillo de Gaitán, quien la noche anterior había tenido la pesadilla del asesinato de su esposo, es informada y sale como puede de su casa en Teusaquillo, de prisa, al centro hospitalario, ya rodeado por cientos de dolientes.

Las voces de las mujeres, con dolor y lamentos profundos de viudas, claman un milagro. La autopsia realizada a las cuatro y cuarenta y cinco

de la tarde, se hace ante el cuerpo médico que se agolpó en la Clínica Central (Calle 12 entre cuarta y quinta) y una media docena de amigos abogados presentes, ante la ausencia de médicos legistas.

El levantamiento popular, fue, como dijimos, espontáneo, brutal y se prolongó como asonada por varios días “...aquello fue una erupción del pueblo”, como recuerda Fidel Castro. La inquietud y el terror acompañaron esas primeras horas y los siguientes días, cuando los deudos se acercan al Cementerio Central a reconocer a sus seres queridos, masacrados y apilados de cualquier manera, antes de echarlos a la fosa común. Para cualquier estudioso (así sea de solapas) este brote marginal de los “miserables” gaitanistas era todo menos una maniobra leninista, calcada de la toma del Palacio de invierno.

El grueso de la policía, que admiraba al caudillo, se levantó contra el gobierno. Se hacía más confusa (o pretexto para los equívocos de todos los bandos) la presencia de dirigentes de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), de América Latina, de línea abiertamente anti-imperialista, en una escala preparatoria a la conferencia estudiantil a celebrarse en México. Estaban venezolanos, guatemaltecos, argentinos y sobre todo cubanos, Fidel Castro entre ellos, con quien había concertado una cita a las dos y cuarto de la tarde de ese fatídico día. La Universidad Nacional, cuya mayoría de estudiantes simpatizaban con la figura de Gaitán, también cumplía su papel, siendo rector Gerardo Molina.

Solo se sabe que durante esas horas de zozobra, el presidente Ospina Pérez y sus ministros más cercanos se encontraron espantados, como en una madriguera sin salida. Corrió la voz que la matrona, Bertha Hernández de Ospina, consorte del primer mandatario, se disfrazó de hombre para no ser violada, mientras se improvisaba un qué hacer sin manual de instrucciones ante la magnitud impensada de la emergencia. En solo una treintena de soldados consistía la guardia de Palacio.

En los batallones militares cundían el desorden y la improvisación, que son los peores consejeros. Se ondeaban por centenares banderas rojas. Laureano Gómez durmió en un tanque de guerra (¿qué más podía hacer?). El Partido Comunista se encontraba atónito, sin plan de acción. De a poco la ciudad empezó a llenarse de rostros indígenas. El ejército ofreció garantías de trasladar al presidente y a su señora a Medellín, donde estarían debidamente protegidos. El “Zorro Plateado”, como se llamaba al apuesto mandatario antioqueño Ospina Pérez, se arrogó para la posteridad el derecho exclusivo de la versión oficial de los hechos del 9 de abril. El periódico de su propiedad, *La República*, siguió acusando al comunismo como actor del crimen. Año tras años, por décadas. Y punto final.

Se maniobró, por parte del gobierno, para proteger lo principal: la sede de gobierno, los bancos, las iglesias y las escuelas católicas. Las multitudes desaforadas quemaron, no obstante, el Palacio arzobispal, el Ministerio de Justicia (se liberaron de sus celdas a los presidiarios), el Palacio de San Carlos (el lujoso Ministerio de Relaciones Exteriores refaccionado para la solemne ocasión de la Conferencia Panamericana), el Instituto de la Salle, *El Siglo*. Barrieron con las linotipias del periódico del energúmeno franquista Laureano Gómez —que hacía realidad el pensamiento de Primo de Rivera: “A la dialéctica de los votos hay que oponer la dialéctica de los puños y las pistolas”— y la casa adyacente de Arturo Abella, su jefe de redacción. Otras dos centenas de establecimientos de comercio de la carrera Séptima fueron devoradas por la furia humana. Naufragaron en fuego muchas edificaciones particulares. Fue la hecatombe; el derrumbe institucional...

Los intelectuales liberales no se quedaron de brazos cruzados; Jorge Zalamea, Gerardo Molina y Adán Arriaga Andrade conformaron una junta de gobierno de hecho, mientras instigaban desde las emisoras a

los rebeldes incendiarios. Los diplomáticos norteamericanos se vieron forzados a refugiarse en su sede, no sin sentimientos de zozobra. El radio periódico *Últimas Noticias*, de Rómulo Guzmán, alienta al saqueo de ferreterías para proveerse de palas, varillas, destornilladores y cuchillos. “Aquí la Radio Nacional”, se perora desde uno de los micrófonos de la emisora estatal: “Tomada por el comando revolucionario de la universidad. En este momento Bogotá es un mar de llamas como la Roma de Nerón... El gobierno ha asesinado a Gaitán, pero a estas horas ya el cuerpo de Guillermo León Valencia cuelga de la lengua en un poste de la plaza de Bolívar. Igual suerte han corrido los ministros Montalvo y Laureano Gómez. ¡Arden los edificios del gobierno asesino! ¡El pueblo se levanta grandioso e incontenible para vengar a su Jefe y pasean por la calle el cadáver de Ospina Pérez! Pueblo, ¡a la carga!, ¡a las armas!”. Se publicitan consignas contra los hermanos cristianos de La Salle por disparar a la multitud.

Se salvaron no solo los prohombres conservadores mencionados por la emisora incendiaria (Ospina y su esposa se resguardan providencialmente solo por una maniobra impensada y azarosa del chofer que los conducía en estos instantes a Palacio), sino también los clubes Jockey y Gun, de chiripa. Los heridos de machete o de bala de Mauser se agolpaban en los hospitales. Mientras tanto, caían miles de anónimos en las calles. En los días siguientes se traían, como dijimos, los restos mortales al cementerio, por cargas, para ser reconocidos por familiares y amigos.

La vida en el interior del Palacio de la Carrera no era menos tre-mebunda. Mientras el general Sánchez Amaya anunciaba al presidente: “Excelencia, acaban de asesinar al doctor Gaitán”, poco después de las dos, el capitán gaitanista Phillips se disponía a formar un batallón de universitarios. Doña Bertha, ni corta ni perezosa, se ajusta dos revólveres al cinto, da órdenes a los militares para proteger a sus hijos, llama a los

jesuitas y toma ¿uno, dos, tres? whiskies con su marido. Con retórica de cuartel, solemnemente, Ospina resiste la intención de dirigirse al Aeropuerto de Techo y huir de la escena en llamas. La comisión de enviados liberales para pedirle a Ospina que renuncie en favor de la dirigencia liberal, en cabeza de Echandía, se deja confundir y cede tímida ante el pulso firme de Ospina. Encerrados, en medio de un pavor disimulado, no temían más que el cadáver de Gaitán fuera conducido por la muchedumbre a las puertas de Palacio y todos perecieran en la refriega.

Los despojos mortales de Gaitán fueron llevados, contra la pesadilla palaciega, en silencio esa madrugada —en ataúd sencillo conseguido en una funeraria cercana—, entre pocos y muy escogidos familiares, hasta su casa en Teusaquillo a unas treinta cuabras de distancia. Cada paso en la calzada húmeda era dado como sobre un abismo sin fondo. Luctuosa, la fría neblina, tan común en el páramo, enturbiaba los perfiles de los desolados caminantes que escoltaban una mísera zorra que, lentamente, marcaba el paso del cadáver a su última morada. El sudario de Gaitán ensombrecía el ánimo de los asistentes. Hoy es la Casa Museo Jorge Eliécer Gaitán, administrada por la Universidad Nacional, con nomenclatura Calle 42 Nro. 15-52.

Los lentes de los fotógrafos Luis Gaitán (Lunga), Sady González y Manuel Hache nos dejan un testimonio visual que contribuyen a hacer más patente este drama colosal. Un Big-Bang en su laberinto.

CONSECUENCIAS DEL 9 DE ABRIL

Para la multitud enardecida, el responsable del asesinato de Gaitán es inequívoco: el gobierno conservador. Era pues, más bien Laureano Gómez, el enemigo público número uno de Gaitán (a pesar de llevar una cordial relación personal entre ambos). Los “hijueputas godos” eran los

únicos responsables de la muerte de Gaitán. Ellos debían pagar por el magnicidio, ser colgados de los postes y arrasadas sus familias. Para el gobierno, los asesinos eran otros: los comunistas quienes, para sabotear la Conferencia Panamericana que se celebraba en ese momento (con presencia del Secretario de Estado Norteamericano el general Marshall y su banquero Everel Harriman), habían urdido el plan macabro y desestabilizador de un régimen débil. El columnista de *El Tiempo* Calibán, aseguraba que en un noventa y nueve por ciento de probabilidades el crimen fue de organizaciones comunistas. La viuda de Gaitán, Amparo Jaramillo, aducía que el crimen era obra de Eduardo Santos y Alfonso López, los oligarcas del Partido Liberal, que nunca se acomodaron a los modales y presencia del plebeyo encumbrado.

Económicamente, los beneficiados del desastre y quemas de edificios, fueron la Congregación de Hermanos Cristianos, la Universidad Javeriana Femenina y, sobre todo, Laureano Gómez Castro, quien aprovechó para cobrar al fisco una suma multimillonaria, desproporcionada, por perjuicios económicos, privados y comerciales. Contra todo pronóstico, el gobierno siguió en pie, y contra la voluntad popular más sentida, los jefes del Partido Liberal se acercaron a Ospina Pérez, aceptaron ministerios y se hicieron las paces entre “los de arriba”. Así que, sin que todavía el cuerpo abaleado de Gaitán se terminara de sepultar del todo, Ospina Pérez fue un beneficiario político de la muerte de Gaitán, mientras el país se despeñaba por el precipicio de la Violencia.

La avalancha de sucesos y sus testimonios, que forman montañas de información, podrían notarizarse históricamente del siguiente modo. El gobierno de Ospina Pérez con el agua al cuello, en las primeras horas del Bogotazo, tenía que decidir los apoyos que provendrían o de los gaitanistas o de los liberales moderados como Lleras Restrepo. Darío Echandía, a quien todos veían como el natural dirigente para sortear el

tsunami político, fue elegido, en horas aterradoras, como representante común de las dos facciones liberales. En las calles, se daba por descontado que el líder tolimense iba a tomar las riendas del gobierno.

Doblegó el presidente con astuta impavidez, digámoslo abiertamente, la voluntad de los dirigentes liberales, en su cálculo de lograr el arribo a la ciudad del batallón de reservistas de Tunja para ahogar la insurrección popular. Ospina Pérez ofreció a los liberales un gabinete binacional, una unidad interpartidista, a cambio de su no renuncia. La indignación de Laureano Gómez de verse excluido de este pacto, fue a duras penas contenida. El pacto del diablo duró algunos meses, mientras la furia de venganza se apoderaba de los ánimos sectarios.

A poco tiempo de ese maridaje imposible, como se ha historiado con muchos detalles, se desató una violencia política sin precedentes. Los campos fueron copados por agentes del Estado, la policía se politizó (de raíz, mucho más que antes), en bandadas homicidas, para reprimir, asesinar, liquidar a los liberales, a los enemigos de la nación colombiana. “La viuda de Montiel” de García Márquez encarna narrativamente esa tragedia en los más alejados rincones de la nación (para la versión de la actual Radiodifusora Nacional no hay colores partidistas en esta tragedia). La garra del régimen conservador asoló los campos, y enclaves liberales como Puerto Berrío, fueron anegados en sangre, casi al día siguiente del magnicidio. El río Magdalena arrastró, en los años siguientes, innumerables cadáveres a su desembocadura en Bocas de Ceniza.

La primera página del *El Tiempo* del 13 de abril, titula: “BOGOTÁ ESTA SEMIDESTRUIDA”, mientras *Jornada* habla de “Grandioso homenaje Póstumo al Dr. Gaitán. Más de 150.000 personas se lo han rendido”. Nada parecía seguir su curso anterior. La misma integridad de la República parecía ponerse en riesgo: el embajador venezolano en Bogotá, Mariano Picón Salas, informa a su gobierno sobre la tentativa

de conservadores separatistas de erigir la República de Antioquia. Miles de Smith & Wesson de las autoridades quedan en manos de civiles conservadores. El terrorismo de Estado —donde “todo silba y forma remolinos... todo luce, chisporrotea, apesta y arde”, para tomar unas líneas del Fausto goetheano— encontró su respuesta en la resistencia política de los liberales que se armaron como guerrillas anti-gubernamentales.

Las consecuencias en los días y semanas siguientes al 9 de abril, en la provincia, fueron múltiples, como lo recrea históricamente Gonzalo Sánchez en *Gaitanismo y 9 de abril en provincia*. En Cali saquearon establecimientos comerciales y la multitud liberal se tomó la estación del ferrocarril, que recuperó el comandante del ejército Rojas Pinilla, mientras en Zarzal y Buga se constituían juntas revolucionarias. En Tuluá, León María Lozano (el Cóndor) activaba su acción anti-liberal. En el Viejo Caldas se tensionaban las disputas entre la élite conservadora caldense —en defensa de sus baluartes como el periódico *La Patria*— y los emergentes cafeteros quindianos y risaraldenses. Arden en llamas las oficinas del falangista Gilberto Álzate Avendaño.

La dirigencia conservadora antioqueña se apresta a su cruzada anti-comunista, y crea el volante *9 de Abril* que predica: “A nuestro juicio, entre los detenidos como responsables de los sucesos del 9 de abril no hay presos políticos, sino meros delincuentes comunes”. En Medellín el dirigente liberal Rubén Uribe Ardila y el senador Diego Luis Córdoba instalan una Junta Revolucionaria y, en diversos puntos cardinales del departamento, los “macheteros” de Puerto Berrío se proponen atacar a los “escopeteros” de Yarumal como los de Dorada a los de Sonsón y Nariño. Son consumidos en llamas los periódicos *La Defensa* y *El Siglo*, en predios de la Universidad Pontificia Bolivariana. Entre el desconcierto general y la incertidumbre de todos, desde la “Radio Córdoba” se peroraba contra el gobierno y la toma del Palacio Municipal.

La represión en Antioquia no se hizo esperar, se sometieron a culatazos a los insurrectos, las tensiones interpartidistas se intensificaron y se procesaron 240 sindicatos, entre dirigentes políticos y sindicales. Las denuncias furibundas de monseñor Builes, acompañaban las quejas doctrinarias: “Ante todo y por sobre todo”, se escribía en el *9 de abril*, “hay que atacar el comunismo con fuertes y osadas banderas de catolicismo social, que de nuevo congreguen a las masas trabajadoras, bajo los pendones de Jesucristo...”.

En Ibagué y los pueblos tolimenses los sucesos son similares, pero quizá más resonantes. En esta capital, la revuelta popular se dirigió, como foco central, a liberar a los presidiarios (y a las presidiarias, también) y ejecutar al director capitán del ejército Eugenio Varón, tenido entre cejas por los liberales por haber participado en el intento golpista contra el presidente López Pumarejo en 1944. Entre los relatos de los levantamientos de estos pueblos y sus expresiones de rabia y dolor —sobre todo, en el Líbano, por ser islote liberal entre un mar de provincias conservadoras, donde 200 mujeres salieron de luto esa noche a ofrendar tributo a su caudillo—, destaca el historiador Sánchez, unas coplas a Gaitán: “Colombia está de luto /sabe lo que ha perdido... /El hombre de los hombres /el hombre de la patria /Jorge Eliécer Gaitán”.

La comuna de Barrancabermeja, el puerto petrolero en el río Magdalena, es sin duda el acontecimiento más significativo y a la vez el más desastroso en la reacción popular contra el crimen de Gaitán, en la provincia colombiana. Barranca fue centro de una resistencia en toda regla. Desde sus primeros momentos la larga lucha sindical y obrera se puso al servicio de la emergencia inédita. No solo se eligió una Junta Revolucionaria, en cabeza de connotados hombres liberales, y se nombró alcalde a Rafael Rangel Gómez (luego legendario guerrillero liberal), sino que la población se organizó como un ejército en resistencia

entrenado para la defensa de sus intereses. Se liberaron a los presos, se tomó control de telégrafos, teléfonos y se establecieron comunicaciones con las centrales norteamericanas de la *Tropical Oil Company*, propietaria de la refinería. Se abastecieron de carnes y verduras, se levantaron barricadas en las orillas del río, se acondicionó el aeropuerto para evitar aterrizajes de naves del gobierno. Se evitó el bombardeo gubernamental amenazando con volar la central petrolera, y se habilitaron 30 cañones de defensa. Solo la posterior negociación con el gobierno, revirtió esta épica resistencia en una traición amarga. “Un engaño parecido al de los Comuneros”, como anotó, pleno de razón, un líder sindical. Ospina Pérez, el Thiers (“gnomo sangriento”, como lo califica Marx), en el corazón de la clase obrera colombiana.

Se ha contabilizado, con aproximada seriedad, que dos años después había 20.000 hombres armados para proteger su vida, sus propiedades y su territorio de los mensajeros estatales de la muerte. Ante la inestabilidad creciente, se cierra el Congreso y se impone así una verdadera dictadura brutal. Al momento en que Laureano Gómez (íntimo del régimen totalitario del generalísimo Francisco Franco), se presenta a las elecciones, los liberales renuncian a la contienda electoral, por falta de garantías. Gómez gana en solitario. La represión estatal fue brutal y sanguinaria. Masiva, por décadas. El primer año de su Presidencia contabiliza unos cincuenta mil muertos, la más alta cifra hasta hoy registrada de violencia política en un país que adolece crónicamente de la cólera pública para dirimir, de la manera peor posible, sus diferendos ideológicos.

Para el “Monstruo”, como se llamaba a Laureano (en recuerdo del político conservador español Cánovas del Castillo), todo liberal, masón,

comunista, judío debía ser eliminado. Se inicia la llamada Violencia, a la que sigue una pausa corta, bajo el mando del general Rojas Pinilla. Son capítulos estremecedores de la historia para las comunidades campesinas, acribilladas sistemáticamente por el gobierno central y de provincia. Sus instrumentos, los mismos campesinos chulavitas, cachiporros y pájaros. Detrás de ellos, la Iglesia, los poderosos, los dirigentes políticos.

Cada pueblo conoció su cura-Torquemada que denunciaba que el liberalismo era pecado; que todo liberal era un chusmero y, al alzar la hostia, en el acto de la liturgia eucarística: “Pónganse de pie conservadores”. A lado de los arcángeles colgaba una efigie del Santísimo Laureano Gómez. El pauperismo de las grandes ciudades colombianas, que ha sido documentado (entre otros por James Henderson), se conjuntó con la violencia agraria como un explosivo Molotov de larga y persistente duración. Todo el entramado social y político se afectó por un profundo abismo de odios interpartidistas. Se sucedieron los cuadros más dramáticos y dolorosos de la historia nacional. La anomalía se tradujo en regla persistente. Las bases cohesivas de la moral cristiana y de la normatividad jurídica se resquebrajaron en su núcleo a favor de un sentimiento irrefrenable de venganza colectiva, con visos de clan totémico. Los éxodos de campesinos se hicieron paisaje y la sangre de hombres, ancianos, mujeres, niños, incluso de nonatos, se regó como frío deber y orgullo partidista.

Laureano Gómez, que no logra gobernar más de un año por una afección cardíaca, es reemplazado por Urdaneta Arbeláez. Al general Rojas Pinilla no le queda otro recurso, ante el clamor popular y el pedido de las elites liberal-conservadoras en 1953, que tomar el poder. La pausa del general Rojas Pinilla fue breve y cayó como subió, por cuenta de la violencia. A su intento frustrado de los diálogos de paz (en ellos fue víctima Guadalupe Salcedo) se siguieron legendarios bandoleros:

los Sangre Negra, Capitán Venganza, Chispas, Desquite. Todo este largo y agobiador ciclo pertenece y es conexo medularmente a los sucesos del 9 de abril y la desaparición de Gaitán. Tampoco el Frente Nacional pudo garantizar una estabilidad política y una paz social satisfactorias.

“El asesinato de Gaitán volvió añicos la risueña democracia bobalicona del siglo XX”, se lee en una línea perdida de una biografía del caudillo encontrada en la estantería de los libros raros, curiosos y malos.

RECORDANDO A GAITÁN

Es casi un lugar común (no sin una elevada dosis de verdad) que los orígenes de la violencia contemporánea, de este océano de sangre sin orillas que es Colombia, tuvo sus orígenes en ese aciago día de un abril lluvioso. Hasta hace muy poco había personas que podían mostrar, en las cicatrices de sus cuerpos, las consecuencias del levantamiento del Bogotazo. Las huellas de una puñalada, un balazo, una quemadura. El director de teatro, Santiago García, aseguraba que el Teatro Municipal donde daba sus “peroratas” Gaitán, no fue saqueado en el Bogotazo, sino demolido por el gobierno para borrar la memoria del caudillo popular. “Si Gaitán no hubiera muerto, yo no sería hoy Gonzalo Arango”, escribía “el Profeta de la Oscuridad Nueva” en *Prosas para leer en la silla eléctrica* (1965).

Algunas empleadas del Café Pasaje, en la Plazoleta del Rosario, recordaban (verdadera o ficticiamente, es el mismo caso) los gritos de ese levantamiento que ellas presenciaron unas décadas atrás. Vivificaron las escenas, que cobraron más realidad, en el medio día absurdo en que la dirigencia del M-19 tuvo la peor ocurrencia de un grupo guerrillero en la historia de Colombia: tomarse el Palacio de Justicia. Ese otro mediodía ellas hicieron lo mismo: bajaron las rejas, ante la estampida de la gente, y quedaron como petrificadas entre el ayer violento y el hoy

violento. Todavía los viejos firmantes de las FARC (los más viejos que hoy laboran en un ETCR) recapitulan la historia de Colombia desde su día Cero. La muerte de Gaitán, el asesinato de Gaitán.

Muchos gaitanistas guardaron luto sin consuelo por años y colgaban en sus hogares una efigie del caudillo como testimonio de su dolor de patria. Otros tenían a flor de labios su nombre y sus proezas civiles y citaban sus discursos y sus anécdotas como parte de la esencia de nuestra nacionalidad. El anecdotario es extenso y con tintes folclóricos. Pero quizá sea insuperable el que recuerda el abogado Santiago Pérez Mendoza, en una columna del 1 de mayo de 1996, publicada por *El Tiempo*. En su estancia en Europa, unas damas que homenajearon a la poetisa Daré Francis, indagaron curiosas por la nacionalidad del mocetón criollo y este les contestó, con desparpajo (que parece hacer eco de Vasconcelos): “Nosotros somos salvajes, señoras mías. Pertenece a una raza feroz. En nuestro país, en el centro de la América Meridional, vamos desnudos. Idolatramos a la luna en nombre de la diosa Chía. Nosotros hemos venido por nuestro pueblo a estudiar vuestra civilización y por eso nos hemos visto obligados a hablar vuestras lenguas melifluas y afectadas y a observar vuestras complicadas costumbres. Pero no nos satisface nada de lo vuestro.... Preferimos mil veces nuestra vida sencilla, pura, simple, casta fresca de nuestra América”. Hay, como en todas las anécdotas, variaciones. Memoria viva que sintetiza una imagen cultural contrapuesta. La América mestiza, la versión del siglo XX del discurso anti-hispánico.

Pero el más grande e imborrable recuerdo del caudillo, que pervivió sin llegar a declinar en el hilo de la memoria personal y colectiva, fue el Gaitán orador. Un gran orador en medio de un país de grandes oradores y en un continente de grandes tribunos. La oratoria en la plaza pública sugestionaba a las masas de seguidores y sus discursos y figuras retóricas cantaban al oído y labraban los recuerdos. Se le recitaba, se le

imitaba. Allí se concentraba el núcleo de su ser político, el caudal de sus afecciones cívicas más profundas y el legado más incisivo para las siguientes generaciones. Haber oído, siquiera una vez a Gaitán, en una tarima, o en una plaza, o en un teatro, no se borraría de la mente. Su voz inconfundible era el caudillo mismo. Se compara su discurrir verbal y ademanes con una catarata, con una prodigiosa fuerza magnética, un *daemon* innato; para ciertos momentos cumbres, solo se contaba con “la garganta de Gaitán”. Quería la “chusma”, en las manifestaciones públicas, solo oírlo a él. Luego su voz fue grabada en discos de vinilo que conservaban sus más adeptos.

“A la carga”, “Por la restauración moral de la República”, “Yo no soy un hombre, soy un pueblo”, “El pueblo es superior a sus dirigentes”, “Pueblo, por la derrota de la oligarquía”, “El hambre no es liberal ni conservadora”, “Me juego mi vida frente a las multitudes”, “No pertenezco a la casta de los grandes, a la aristocracia, al gremio de los ricos, al sanedrín”, “No queremos más sangre”. Todas estas contraseñas no eran meros *eslóganes* sonoros sin conexión interna. Taladraban la conciencia de las multitudes. Acaso no se pueda sino juntarlos, y ahora *a posteriori*, darles una coherencia íntima. Esta, empero, solo puede hacerse sumergidos en el clima político y al hilo de sus sucesivos cambios de circunstancias históricas. No son un monolito, sino vibras sueltas de décadas de lucha política contra el conservatismo de la Regeneración, contra el liberalismo tibio de los Santos, contra el lopismo en retirada, contra la violencia desatada y agudizada bajo el gobierno de Ospina Pérez, contra el delirante franquista “Monstruo” de la Guerra fría.

Gaitán, en una frase, no habló el lenguaje espontáneo de las masas, sino propiamente el lenguaje para las masas; adaptó a las masas unos conceptos expresados (y elaborados) con una dúctil sonoridad de efecto popular. Subía y bajaba la voz en *tempos* calculados, deslizaba expresio-

nes de burla, sarcasmos dosificados, y envolvía a todos en una magnética fuerza expresiva. De voz y ademanes. Hacía reír con comparaciones familiares; enfurecer con episodios de común conocimiento público. Era oratoria de masas en cada rincón geográfico del país. Lo importante no era tanto lo que decía, “sino porque él lo decía”. Era un acto taumáturgico, en sentido antropológico, en que ejercía su magia sublime de palabras a las masas, en forma adecuada y oportuna, y era recompensado con la ofrenda secular de la devoción popular.

Gaitán, en la cumbre de su carrera, dividió a Colombia entre el país nacional y el país político. Esta división era sonora y llamativa; dejaba atrás la vieja división dicotómica entre liberales y conservadores o entre capitalistas y proletarios. Los viejos y nuevos odios. No se trataba ya de una lucha partidista ni tampoco una lucha de clases; ambas feroces y sin términos medios o matices de reconciliación nacional. Por encima de todo, el pueblo que era la patria colombiana; la mancomunidad imaginada. El pueblo en su expresión más comprensiva contra la plutocracia insincera y destructora. Este sentimiento de agravio moral, de inmoralidad de la “oligarquía” era bandera y seña; su programa y plataformas más abreviadas.

Gaitán bebía —¿cómo podía evitarlo? — del sentimiento orteguiano de la necesidad del conductor de masas: de la idea medular de que las minorías selectas, conscientes de su magno papel histórico de la hora, están destinadas a dirigir a las masas desorientadas. El *dictum* orteguiano reza: “La función de mandar y obedecer es la decisiva en toda sociedad. Como ande en ésta turbia la cuestión de quién manda y quién obedece, todo lo demás marchara impura y torpemente”. Pero se abre un matiz diferencial. Mientras Ortega y Gasset lamentaba que las masas eran hoy indóciles, no respetaban y no obedecían ya más a las selectas elites —“el hombre-masa” es “el niño mimado”, caprichoso e ingrato,

que no conoce superior—, Gaitán deseaba que las masas se rebelaran contra los amos de siempre, y encontraran en él una segura guía selecta para colmar sus necesidades básicas y sus anhelos de poder colectivo. Carecía Gaitán pues del rencor cultural de Ortega ante el advenimiento de la democracia de masas.

Gaitán había irrumpido a la vida pública como un elemento ajeno a los círculos del poder tradicional, y sus modales y personalidad disonaban con una sociedad petrificada en sus tradiciones hispánicas. La pesada sombra del carismo y la restauración de la Regeneración marcaban la pauta de lo correctamente posible y ortodoxamente admisible. Beatas frecuentaba a diario los templos de San Francisco, La Veracruz, Santo Domingo, San Juan, Santa Clara... Como escribió el yoqui William Burroughs, al visitar el país en 1953: “En Bogotá, más que en cualquier otra ciudad que haya visto en Latinoamérica, sientes el peso muerto de España, sombrío y opresivo. Todo lo oficial lleva el sello ‘Made in Spain’”. Al “negro Gaitán” no lo precedían ni un árbol genealógico ni una fortuna personal reconocibles. Era, se puede decir, un intruso solitario en la vida pública, en los altos cargos del Estado, en los salones de clubes sociales, en la misma academia y hasta entre los amantes de la tauromaquia. Hay foto, poco antes de su sacrificio, con reputados ganaderos de toros de lidia. Poseía también su lujosa casa en Teusaquillo. Haberse declarado “no católico” era una afrenta inconciliable con la atmósfera monarcoide-clerical.

Este mundo reservado para las elites de poder tradicional fue disputado por un hombre del pueblo raso que habló y actuó para el pueblo raso. Esta intempestiva irrupción no era una excepción: también Marco Fidel Suárez había ascendido a la cumbre de Palacio desde su humilde hogar como Laureano Gómez tampoco provenía de un tronco social o cultural elevado. Eran también dos hombres humildes del pue-

blo, encumbrados por sus talentos y disciplina. También Gabriel Turbay Abundaner, con quien disputa las elecciones de 1946, se decía hombre del pueblo, hijo de migrantes libaneses. Pero solo Gaitán se opone con un ímpetu sin precedentes a tantas adversidades y se le siente como un enemigo tan notable y notorio. Una gran amenaza, desde abajo.

Tal vez no podría darse otra figura de recambio más vigorosa que el caudillo populista de masas, Jorge Eliécer Gaitán Ayala, en esas décadas en las que el sistema hacendario tradicional colombiano entraba en crisis; en las décadas en que el modelo estructural social con el patrón-dueño de grandes extensiones de tierras (con sus aliados naturales el cura, el alcalde, el estanquero y sus ejércitos privados) perdía su mando en el *ordo* provincial. El populismo gaitanista (no se entienda como peyorativo) emergía de esas fuerzas de honda transformación o mejor de desintegración a pasos agigantados del mundo de la hacienda. El arbitraje del señor de horca y cuchillo empezaba a ser cosa del pasado, en que no se movía una hoja (para decirlo en un símil muy recurrido) sin su soberana voluntad. Las generaciones de Gaitán y las siguientes, que experimentaron lo que para América Latina llamó sociológicamente Gino Germani “una época de transición”, forjaron esos símbolos populares de cambio, de rebeldía e insurgencia colectiva. De Gaitán al padre Camilo Torres.

Tras la desaparición de Gaitán, el gaitanismo tiende a una disolución irremediable. La misma personalidad férrea, caudillista de Gaitán, impide, casi de antemano, hablar de gaitanismo sin Gaitán. Nombres como Darío Samper, Jorge Uribe Márquez y Francisco José Chaux poco podían hacer como elementos aglutinantes de una masa social, tan compleja y heterogénea, seguidora del líder inmolado. Gaitán había sido hombre de partido, pero ahora ese partido estaba en huida. El político y profesor liberal-socialista Gerardo Molina, lo expresa en sus propios tér-

minos: “... poco después las huestes empezaron a dispersarse; la mayoría se mantuvo en el liberalismo (...) otros se fueron al comunismo, los de más allá se instalaron en esa tierra de nadie donde están los hombres sin partido y, no faltaron las unidades, que cuando las cosas empeoraron se inscribieron en las guerrillas...”. Otros tomaron el rumbo al exilio político (como Osorio Lizarazo) y ¿cuántos más al auto-exilio interior?

La época turbulenta que sigue, de violencia anticomunista aupada por la Guerra fría (operación delirante que encabezaron el primer ministro inglés Winston Churchill y el presidente norteamericano Harry Truman, que se convirtió en la tesorería para financiar toda actividad anticomunista en el mundo), creemos, hizo mayor mella en el movimiento gaitanista. Hizo mella y labró el destino del fracaso a todo progresismo. Nada que oliera a progresismo y disenso político, crítica al gobierno, anti-capitalismo y denuncia al Tío Sam, era tolerado. Era la época inquisitorial en que se censuraba una película de Hollywood, por patriótica y casta que parezca, si aparecía un ruso sonriendo.

Visitó Gaitán a Medellín en algunas ocasiones memorables. La primera a principios de 1933, como dijimos, al iniciarse el conflicto colombo-peruano, momento en que conoció a Amparo Jaramillo. La segunda en 1936, en una delegación del presidente López Pumarejo, ocasión en que se desposó con la dama antioqueña (amiga de Débora Arango). La tercera ocasión, a finales de 1943, siendo ministro de Trabajo y Salud Pública, en la delegación del presidente Darío Echandía, quien como designado presidencial reemplazó a López Pumarejo, mientras este atendía la grave enfermedad de su esposa. A Echandía cupo sortear el escándalo desatado por la compra que hizo el hijo del presidente, Alfonso López Michelsen, de las acciones de la compañía holandesa Handel, tras las que estaban también, solapadamente los Cano, los Caballero, los Santos etcétera. Su muy cercano colaborador Julio Ortiz

Márquez asegura que en Medellín se dirigió a las masas para decirles en su campaña de 1946: “Yo no soy un extranjero, yo soy un indio y posiblemente un negro como son todos ustedes, yo soy un hombre del pueblo, yo tengo su misma raza”.

¿Fue el 9 de abril un motín anárquico o una insurrección con derechos propios? Fueron las dos: pero, como ya dijimos, no fue una revolución de corte leninista. Fue un motín donde muchos solo se limitaban a descargar su rabia, su sed destructiva, que hacían del saqueo por el saqueo un fin y una reivindicación de su desafuero personal, el cobro de la alta cuota atrasada de sus frustraciones y sus desengaños. También fue una insurrección que clamaba por los derechos colectivos, “la guerra del todo contra la fracción”, para usar la expresión de *Los miserables* de Victor Hugo. La exclamación en coro contra los derechos vulnerados, la universalización de una trama histórica que buscaba reencontrar el hilo perdido de la justicia social y la democracia participativa republicana. El punto de discusión no se zanja, en estos casos, en las mismas calles y las avenidas que arden en llamas, sino en la discusión pública que la acompaña, en la toma de partido discursiva y deliberativa que sucede a los acontecimientos en seco. Es, para volver a otra expresión del gran romántico, “la sacudida del progreso”, “insurrección es resurrección”. Todo estuvo presentido; nada calculado. Fue legítima venganza popular, independiente del móvil. En efecto, el 9 de Abril no pudo ser organizado. “Esa es la clave, careció absolutamente de organización”, como aseguró Fidel Castro.

EL COLOMBIANO
Tarifa reducida en el servicio postal interior. Registro No. 77
MEDELLIN (COLOMBIA) Domingo 11 de Abril de 1948
EDICION DE 10 PAGINAS Y ASESOR

Colombia Entera Reacciona por el Golpe de Estado Comunista

El directorio liberal nacional apoya al presidente Ospina Pérez
Nombrado gabinete de Unión Nacional
El Ataque al Edificio EL COLOMBIANO



Alzado el edificio donde funcionaba nuestro colega, 'El Colombiano' durante la noche del 10 de abril...

3 muertos y numerosos heridos en esta ciudad

Los muertos en el ataque al edificio de este diario en la noche del 10 de abril...

AMAGA

MAQUETA
Barbaria Cuartas de M.

EMERGENCIAS

SOCIEDAD MEDICA ANTIOQUEÑA
'SOMA'
Servicio de EMERGENCIAS durante las 24 horas del día...

ECHANDIAES EL PREMIER

El ataque a la sede superior del ejército y la sede del instituto...

LA SITUACION EN BARRIO PERIARDO

Los 100-70-60 Comunistas...

Ospina Domina la Situación

Los 100-70-60 Comunistas...

Historia larga de contar

Por la magnitud del ataque...

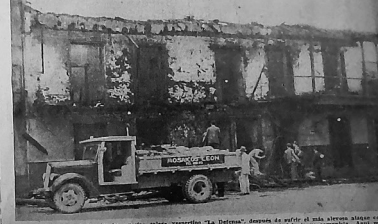
NEUVOS

El presidente se halla en un momento...

GUILBERTO MARTINEZ VILLA
A P O R A T O R I O
Teléfono: 218-60

ERJUA CAMISAS
Vanidad
EN LOS NEGOCIOS DE MEDIDAS

La Destrucción del Vespertin o Conservador 'La Defensa'



500 almacenes destruidos en Medellín

La ciudad está patulada de el ejército y ahora hay...

RESERVISTAS

El Comandante de la Cuarta Zona T. M. HACE SABER

Que el ejecutivo, por decreto 1274 de abril de 1948, llama al servicio activo a los

RESERVISTAS DEL SEGUNDO CONTINGENTE 1945 y PRIMERO DE 1946

En tal virtud, tales reservistas deben presentarse en el término de la d... lancia a la guarnición más cercana...

TENIENTE CORONEL SALVADOR VELEZ HOMO Comandante de la 4a. Zona Ter...

Medellin, abril

0.05 CENTAVOS
L.A. PATRIA

PERFECTA ENTALTA CAMISAS

COLOFÓN

En Antioquia ha documentado extraordinariamente esa masacre pos-gaitanista el libro *A sangre y fuego* de Mary Roldán. El film *Cóndores no entierran todos los días* de Francisco Norden, basado en la novela de Gustavo Álvarez Gardeazabal, que narra la historia del jefe paramilitar conservador José María Lozano, puede ser una vivaz y aleccionadora imagen de lo que deseamos transmitir a nuestros lectores. El film, más discreto y sutil, *Confesión a Laura*, con guion de Alejandra Cardona y dirigida por Jaime Osorio, retrata las escenas íntimas de un encuentro fortuito, en esos días de incertidumbre, de una pareja de personajes maduros, Laura y Santiago, en un pequeño apartamento céntrico, atrapados en un callejón incierto y de pesadumbres amorosas “inconfesables”, que corre como paralelo a las violentas escenas callejeras. Por planos difuminados, diálogos y escenas en ráfagas, huidizos, a media luz, a media voz, todo equívoco e insinuado, sin frases conclusivas... Como el país...

Fue el “día del odio”, como reza el título de la estremecedora novela de J. A. Osorio Lizarazo.

Entre las cenizas del 9 de Abril fue enterrada también la llamada Revolución en marcha. El único proyecto modernizador —que en estricto sentido de las proporciones históricas apenas tuvo ocho meses de vigor y ochenta años de reacción— que conoció nuestro siglo XX colombiano. El funeral de la era lopista fue más pobre e ignorado que el del líder popular fundador del UNIR, abatido de modo tan cobarde. La pausa prometida por Eduardo Santos se hizo realidad ese día sangriento, y solo, no con el Frente Nacional, sino con la actual política de paz total se reencontraría el país consigo mismo: en esta fecha tan cargada de

simbolismo durante sus 75 años. Por eso esta conmemoración de los 75 años del asesinato de Gaitán resulta cuajada de esperanzas, de una nueva visión optimista, de profundos y duraderos cambios “hacia lo mejor”.

La pregunta histórica, la incógnita pues que subyace a todo este entramado histórico, es: cómo y por qué el país pasó de la época promisoriosa de la era liberal de la Revolución en marcha a una noche histórica, bajo el signo negro de la Violencia de larga duración. La pregunta es válida, y subyace también al síndrome sufrido en Alemania que pasa del liberalismo constitucional y republicano de la era del socialista Friedrich Ebert a la noche tumultuosa del nazismo hitleriano. La pregunta tiene tintes universales y cabe ser respondida con toda seriedad, de modo comparativo. También Marx se hace la pregunta (quizá en este sentido por primera vez en perspectiva de historia universal), al ascenso de Napoleón III que sepultó los conatos republicanos luego de la Revolución de 1848, en su *Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Muchos han sido también los intentos de respuestas válidas y valerosas entre nosotros...

MEMORIA POÉTICA: “CINCO POEMAS DE JOSÉ ELIÉCER GAITÁN”

Como memoria viva de la presencia de Gaitán, reproducimos los cinco poemas, reelaborados por el caldense Flóbert Zapata, entresacados del ideario político y social del líder bogotano (*Antología* de Luis Emiro Valencia). Se trata de un ejercicio de reinención muy llamativo y novedoso, vivo. Miremos:

- I Un poco de piedad sobre el labio sitibundo de los parias.
 Hemos dicho piedad y nos equivocamos.
 Entronicemos en la República el Sagrado Corazón de la justicia,

para que el trabajo valga
lo que hoy sólo le está permitido valer
a la haraganería de los ricos.

II Esta lucha de insanos apetitos que las naciones demuestran,
estas impiedades diarias que ponen hielo en el corazón;
estas pugnas internacionales,
no hay para qué repetirlo,
juegos de bolsa son.

III La felicidad humana se pierde, el Arte se olvida,
la Ciencia se abandona,
y sobre el horizonte enrojecido
claman las víctimas de un patriotismo adulterado.
En nombre de la patria se obliga a los hombres
a herir la entraña de los hombres,
olvidando que la única víctima
es esa misma patria que se invoca.

IV La decantada selección natural es hoy una mentira.
El triunfo de la selección sólo será posible
cuando por la realidad social todos los hombres
nazcan en un mismo plano económico,
y en su desarrollo encuentren iguales ayudas.
Entonces sí sabremos quiénes son los verdaderos capaces.
Con ello ganará la sociedad
y será imposible el espectáculo repulsivo
del hombre adulteradamente fuerte
triunfando sobre el mentidamente débil.

V Rueda nuestra vida política en un mar de angustias.
Ni una bella idea, ni una noble pasión.
Luchas exiguas, personalismos concupiscentes,
rencores malsanos,
en tanto que sobre la testa agobiada de la República
florece la corona de todas las ignominias.
Y nuestras pupilas jóvenes
que soñaron refrigerarse
en la palestra de las ardientes luchas,
tan sólo encuentran
la charca insalubre de la viscosa necedad ambiente.

Bibliografía mínima

- Alape, A. (2016). *El Bogotazo. Memorias del olvido*. Biblioteca Básica de Cultura Colombiana. Ministerio de Cultura.
- Arango, Gonzalo. (2018). *Obra negra*. Fondo Editorial Universidad EA-FIT.
- Braun, H. (2013). *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*. Prisa ediciones.
- Burroughs, W. (1971). *Las cartas del yagé*. Editorial Signos.
- García Márquez, G. (1985). *Los funerales de la Mamá Grande*. Oveja Negra.
- Germani, G. (1963). *Política y sociedad en una época en transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Paidós.
- Green, W. J. (2013). *Gaitanismo, liberalismo de izquierda y movilización popular*. EAFIT.
- Gómez Aristizábal, H. (1991). *Jorge Eliécer Gaitán y las conquistas sociales en Colombia*. Publicaciones Universidad Central.
- Henderson, J. (2006). *La modernización en Colombia. Los años de Laureano Gómez 1889- 1965*. Universidad de Antioquia.
- Hugo, V. (1967). *Los miserables*. Círculo de lectores.
- Jaramillo Vélez, R. (1998). *Colombia: la modernidad postergada*. Argumentos.
- Lizarazo Rondón, A. J. (1948). *Jorge Eliécer Gaitán Ayala. Nuestro hermano*. Imprenta departamental de Cúcuta.
- Malinowski, B. (1956). *Crimen y costumbre en la sociedad salvaje*. Ariel.

- Mariátegui, J. C. (1972). *La escena contemporánea*. Biblioteca Amauta.
- Miranda, Á. (2008). *Jorge Eliécer Gaitán. El fuego de una vida*. Intermedio.
- Oquist, P. (1980). *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Banco Popular.
- Ortega y Gasset, J. (2006). *La Rebelión de las masas*. Austral.
- Ortiz Márquez, J. (1980). *El hombre que fue un pueblo*. Carlos Valencia Editores.
- Ortiz, S. P. (2009). *Karl Brunner. Un retazo en la ciudad*. Universidad Javeriana.
- Osorio Lizarazo, J. A. (1952). *El día del odio*. Ediciones López Negri.
- (1939). *Garabato*. Ercilla.
- Puentes, M. (1965). *Gaitán*. Editorial ABC.
- Rodríguez Franco, A. (2018). “El diario del pueblo gaitanista: Jornada (1944- 1949)”. *Boletín Cultural y Bibliográfico*, LII. (94).
- Rodríguez Garavito, A. (1979). *Jorge Eliécer Gaitán. (Biografía de una sombra)*. Ediciones Tercer Mundo.
- Roldán, M. (2003). *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia*. ICAH.
- Saint- Simon. (1986). *Catecismo político de los industriales*. Ediciones Orbis.
- Sánchez Gómez, G. y Meertens, D. (1983). *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la violencia en Colombia*. El Áncora editores.
- Sánchez Gómez, G. (1983). *Los días de la revolución. Gaitanismo y 9 de abril en provincia*. Centro Cultural Jorge Eliécer Gaitán.
- Valencia, L. E. (2012). *Gaitán. Antología de su pensamiento social y económico*. Ediciones Desde Abajo.
- Zapata, F. (2016). *Cinco poemas de José Eliécer Gaitán*. Poesía y pensamiento.

DISCURSOS JORGE ELIÉCER GAITÁN



ORACIÓN POR LA PAZ

Discurso pronunciado en la Marcha del Silencio en la Plaza de Bolívar de Bogotá, febrero 7 de 1948

Señor Presidente Ospina Pérez:

Bajo el peso de una honda emoción me dirijo a vuestra Excelencia, interpretando el querer y la voluntad de esta inmensa multitud que esconde su ardiente corazón, lacerado por tanta injusticia, bajo un silencio clamoroso, para pedir que haya paz y piedad para la patria.

En todo el día de hoy, Excelentísimo señor, la capital de Colombia ha presenciado un espectáculo que no tiene precedentes en su historia. Gentes que vinieron de todo el país, de todas las latitudes —de los llanos ardientes y de las frías altiplanicies— han llegado a congregarse en esta plaza, cuna de nuestras libertades, para expresar la irrevocable decisión de defender sus derechos. Dos horas hace que la inmensa multitud desemboca en esta plaza y no se ha escuchado sin embargo un solo grito, porque en el fondo de los corazones solo se escucha el golpe de la emoción. Durante las grandes tempestades la fuerza subterránea es mucho más poderosa, y esta tiene el poder de imponer la paz cuando quienes están obligados a imponerla no la imponen.

Señor Presidente: aquí no se oyen aplausos: ¡solo se ven banderas negras que se agitan!

Señor Presidente: Vos que sois un hombre de Universidad debéis comprender de lo que es capaz la disciplina de un partido, que logra contrariar las leyes de la psicología colectiva para recatar la emoción en su silencio, como el de esta inmensa

muchedumbre. Bien comprendéis que un partido que logra esto, muy fácilmente podría reaccionar bajo el estímulo de la legítima defensa.

Ninguna colectividad en el mundo ha dado una demostración superior a la presente. Pero si esta manifestación sucede, es porque hay algo grave, y no por triviales razones. Hay un partido de orden capaz de realizar este acto para evitar que la sangre siga derramándose y para que las leyes se cumplan, porque ellas son la expresión de la conciencia general. No me he engañado cuando he dicho que creo en la conciencia del pueblo, porque ese concepto ha sido ratificado ampliamente en esta demostración, donde los vítores y los aplausos desaparecen para que solo se escuche el rumor emocionado de los millares de banderas negras, que aquí se han traído para recordar a nuestros hombres villanamente asesinados.

Señor Presidente: serenamente, tranquilamente, con la emoción que atraviesa el espíritu de los ciudadanos que llenan esta plaza, os pedimos que ejerzáis vuestro mandato, el mismo que os ha dado el pueblo, para devolver al país la tranquilidad pública. ¡Todo depende ahora de vos! Quienes anegan en sangre el territorio de la Patria, cesarían en su ciega perfidia. Esos espíritus de mala intención callarían al simple imperio de vuestra voluntad.

Amamos hondamente a esta nación y no queremos que nuestra barca victoriosa tenga que navegar sobre ríos de sangre hacia el puerto de su destino inexorable.

Señor Presidente: en esta ocasión no os reclamamos tesis económicas o políticas. Apenas os pedimos que nuestra patria no transite por caminos que nos avergüencen ante propios y extraños. ¡Os pedimos hechos de paz y de civilización!

Nosotros, señor Presidente, no somos cobardes. Somos descendientes de los bravos que aniquilaron las tiranías en este suelo sagrado. ¡Somos capaces de sacrificar nuestras vidas para salvar la paz y la libertad de Colombia!

Impedid, Señor, la violencia. Queremos la defensa de la vida humana, que es lo menos que puede pedir un pueblo. En vez de esta fuerza ciega desatada, debemos aprovechar la capacidad de trabajo del pueblo para beneficio del progreso de Colombia.

Señor Presidente: nuestra bandera está enlutada y esta silenciosa muchedumbre y este grito mudo de nuestros corazones solo os reclaman: ¡que nos tratéis a nosotros, a nuestras madres, a nuestras esposas, a nuestros hijos y a nuestros bienes, como queráis que os traten a vos, a vuestra madre, a vuestra esposa, a vuestros hijos y a vuestros bienes!

Os decimos finalmente, Excelentísimo señor: bienaventurados los que entienden que las palabras de concordia y de paz no deben servir para ocultar sentimientos de rencor y exterminio. ¡Malaventurados los que en el gobierno ocultan tras la bondad de las palabras la impiedad para los hombres de su pueblo, porque ellos serán señalados con el dedo de la ignominia en las páginas de la historia!

ORACIÓN POR LOS HUMILDES

Discurso pronunciado en el cementerio de Manizales, febrero 15 de 1948

Compañeros caídos en la lucha:

Discurría vuestra existencia de seres buenos, de gente honrada y sencilla sobre las mansas aguas hacia el destino de todo humano vivir, cuando un golpe aleve de hombres malos y crueles os arrojó hacia las playas del silencio y de la muerte.

Verdad que los hombres de ánima helada os arrancaron de nuestro lado, de nuestros brazos, de nuestras luchas; pero solo consiguieron multiplicaros en lo íntimo de nuestro recuerdo y nuestro afecto.

Verdad que vuestras pupilas ya no se encienden en luz de amor por vuestras madres, por vuestras novias o por vuestros hijos; hombres malos las apagaron.

Verdad que vuestras gargantas no serán ya el alegre clarín para cantar los cantos de la democracia que vuestras huestes cantan; hombres malos las silenciaron.

Verdad que vuestros corazones no vibrarán más al ritmo de las emociones de los libros que las ideas liberales alientan; hombres malos las detuvieron.

Verdad que vuestros brazos y vuestros músculos no modelarán ya sobre la tierra o en el taller el crecer del fruto y la riqueza de que la patria ha menester; hombres malos lo impidieron.

Todo es verdad, dolorosa verdad, angustiosa verdad que golpea con golpe de ola en la noche sobre nuestro corazón atribulado. Pero es verdad a medias: la tiniebla de vuestras pupilas se ha

trocado en luz de estrella conductora de vuestras gentes del pueblo.

El silencio de vuestras gargantas es ahora grito de justicia en nuestras gargantas; el desaparecido ritmo de vuestros corazones es ahora indomable raudal de energía para nuestra fiera voluntad de lucha...

Vuestros miembros inmovilizados son ahora centuplicadas fuerzas que nos empujan sin tolerar descansos y que no ha de suspenderse hasta devolver a la república al camino de la piedad, del bien, de la fraternidad que hombres de aleve entraña le han robado. Verdad compañeros de lucha; tronchadas vidas, buenas y humildes, que os lloramos, pero que nuestro decoro nos impide lloraros hacia afuera. Os lloramos hacia adentro, y en el río interior de nuestro llanto ahogaremos las dañadas plantas que envenenaron el destino de la patria.

Compañeros de lucha: solo ha muerto algo de vosotros, porque del fondo de vuestras tumbas sale para nosotros un mandato sagrado que juramos cumplir a cabalidad. Seremos superiores a la fuerza cruel que habla su lenguaje de terror a través del iluminado acero letal. El dolor no nos detiene sino que nos empuja. Y algo profundo nos dice que al destino debemos gratitud por habernos puesto a prueba, por habernos ofrecido la sabia lección y la noble alegría de vencer obstáculos, de domeñar dolores, de mirar en lo imposible nada más que lo atrayentemente difícil. Vuestras sombras son ahora la mejor luz en nuestra marcha.

Compañeros de lucha: os habéis reincorporado al seno de la tierra. Ahora con la desintegración de vuestras células, vais a alimentar nuevas formas de vida. Vais a sumaros al cosmos infinito que desde la entraña oscura e insomne alimentan el árbol

y la planta, que sirven de alegría a nuestros ojos y de pan a nuestro diario vivir. Pero algo más vais a darnos a través de vuestro recuerdo, ya que la muerte en lo individual no es sino un parpadear de la vida hacia formas más elevadas de lo colectivo y de su ideal.

Compañeros de lucha: al pie de vuestras tumbas juramos vengaros, restableciendo con la victoria del pueblo los fueros de la paz y de la justicia en Colombia. Os habéis ido físicamente pero qué tremendamente vivos estáis entre nosotros.

Compañeros: ¡vuestro silencio es grito!; ¡vuestra muerte es vida de nuestro destino final...!

EL PAÍS POLÍTICO Y EL PAÍS NACIONAL

Discurso pronunciado en el Teatro Municipal de Bogotá, abril 20 de 1946

Señores:

Tenéis que acompañarme a formular un análisis. Digamos, en primer lugar, que hay un hecho que diferencia a las especies inferiores de la superior especie que es el hombre. Digamos también que hay un hecho que diferencia a los pueblos civilizados de aquellos que no han alcanzado dicha escala. Los unos, como los otros, tienen inteligencia, voluntad, afectividad, pero hay algo que los distingue y es esto: el hombre cuando va a realizar un acto presente, acumula las experiencias del ayer para prospectarlas hacia el mañana. Es decir, que en la actuación del hombre consciente hay una perspectiva histórica y a diferencia de las escalas inferiores y de los tipos mínimos de la especie humana, en las cuales el acto corresponde nada más que al momento, hay un futuro previamente establecido.

Vamos a proceder así; vamos a colocarnos ante el estado político colombiano actual, es decir ante la situación política. ¿Para qué? Para decidir de nuestra actuación, en vista de lo sucedido ayer, para prospectarlo delineada y típicamente hacia una orientación segura del mañana. Eso quiere decir que en esta conferencia me voy a ocupar ante todo del criterio, porque a eso se llama tener criterio. Claro está que en otras ocasiones tendré que decir mi punto de vista sobre el problema social, sobre la agricultura, sobre la higiene, sobre la defensa del tipo humano, sobre la cultura. Pero esa es una manera de andar el camino y nosotros, ante todo, tenemos que saber cuál es el camino que debemos recorrer. Apliquemos el método expe-

rimental que consiste en analizar los hechos que se presentan a nuestra contemplación y una vez analizados, saquemos las deducciones y las conclusiones.

No quiero hacer afirmaciones anticipadas. Quiero traer aquí los hechos, como a una mesa de anatomía, para introducirles el bisturí de la razón y del análisis, y una vez realizado esto deducir las consecuencias. Es decir, un método que no corresponde al de la propaganda maliciosa, deshonesta e inhonorable de quienes necesitan oscurecer la mente de los hombres para vivir a la sombra de su sombra.

INTERROGANTE DEL PUEBLO

El pueblo colombiano viene contemplando una serie de hechos y cada día se siente más desconcertado ante ellos. Vamos a ver si podemos explicarlos, si son ilógicos o corresponden a una lógica. No necesitamos remontarnos muy atrás. Recordemos como primera cosa —hecho real— las últimas elecciones presidenciales. Ruda pugna entre las fuerzas poderosas de un mismo partido; tremendo ataque de una de sus alas contra la otra; intrigas, combinaciones, actuaciones, discursos, odios, y al final, cuando nadie lo esperaba, las dos alas se unen y los que ayer atacaban son los mismos que luego respaldan a los atacados.

El pueblo se pregunta: ¿Por qué esto? Si tan honda y tremenda era la pugna, ¿por qué de la noche a la mañana cambia así el panorama? Y no solo eso. Viene entonces uno de los más desoladores espectáculos que haya contemplado la república: las asambleas departamentales, con violación de la Constitución, se suspenden. ¿Para qué? Para que días o meses después los favorecidos con tal atropello estuvieran atacando por ese mismo acto a sus antiguos favorecedores. Pero aún más: el país encuentra que se ha hecho una campaña sobre la base de la llamada “Revolución

en Marcha”. Y días después se siente desconcertado al comprobar que todo aquel movimiento desemboca en una concentración de plutócratas, contratistas, hombres de todos los partidos ligados a la vida de la especulación, reunidos para llevar a la realidad el programa aquél de la redención del pueblo. Desde luego, había razón para sorprenderse y la gente se sorprendió. Pero siguió girando la rueda de los acontecimientos y la ciudadanía se encontró ante otro fenómeno no menos desconcertante. Le habían desplegado a todos los vientos la bandera de la transformación social y, sin embargo, un buen día el pueblo que había votado por tales principios encuentra que en respuesta a su adhesión se le presenta un proyecto de ley social francamente regresivo; que llegaba hasta suprimir prácticamente lo que ningún grupo en la actualidad, por reaccionario que sea, se atreve a suprimir: el derecho de huelga.

Y el pueblo se preguntaba: ¿por qué, en virtud de qué, me han llamado a este movimiento y luego encuentro que en realidad algo distinto y contrario está sucediendo? Aún más: se le habló —ya que algunos habíamos contribuido a elevarlo a la categoría de teorema del Estado— del problema de la tierra, de la transformación y del agro. Y ciertos llamados izquierdistas, del centro y de la izquierda, unidos a las fuerzas auténticamente centristas, aplaudían mientras se llevaba a efecto la comedia de la oposición de las derechas. Y el estatuto salió y el pueblo esperanzado, al que tanto se le había hablado de justicia social, encontró que esa ley producía la concentración de bayonetas en los campos para arrojar de la tierra a los campesinos. Y que, además, la ley arruinaba a los propietarios. ¿A cuáles propietarios? ¿A los especuladores de los grandes concilios? ¡No! A los propietarios que trabajan, a los propietarios que viven de sus haciendas, a los que luchan. Porque el otro, el especulador, se salvaba y crecía mientras el hombre de trabajo era consumido. Y seguía desconcertándose el pueblo ante esa serie de contradicciones y más tarde pudo

observar otro fenómeno. Un hombre humilde aparece muerto y después se sabe que hay algo más grave que la muerte de ese hombre humilde: el hecho de que existen antecedentes que demuestran que se sabía pergeñado anteriormente todo un sumario para que un inocente apareciera responsable de esa muerte. Y la opinión pública se preguntó entonces: ¿está en armonía con la justicia, de acuerdo con la razón el hecho de que puedan perpetrarse por aduladores de dañado corazón esta clase de atentados en un país de la naturaleza moral y buena del pueblo colombiano?

Y otra cosa aparece clara al pueblo cuando observa los hechos de la realidad: que hay hombres que trabajan, se esfuerzan, luchan, y ese trabajo y ese esfuerzo y esa lucha apenas les produce para la diaria subsistencia. Y al mismo tiempo, en nombre del movimiento por el cual el pueblo había desbordado sus entusiasmos, gentes sin calidad política, simples comerciantes, hombres sin ideal, individuos venidos de todas las zonas partidistas, sin esfuerzo, sin lucha, sin razón y sin causa se enriquecen de la noche a la mañana.

Pero el pueblo de Colombia, que es un pueblo inteligente, encuentra todavía otros hechos que lo colocan frente a un verdadero caos. Se le habla de la necesidad de transformar la instrucción pública, de que ella no represente el cansado sistema conservador y un día los ciudadanos se despiertan con la noticia de que para hacer esa revolución liberal contra el sistema conservador, se nombra a un conservador. Y otro día les dicen: no hay fronteras entre los partidos políticos. Pero al mismo tiempo que les hablan de la desaparición de las fronteras de los partidos, los invitan a odiar al adversario. No hay fronteras, les repiten, pero los incitan a renglón seguido a que se odien los unos a los otros. Desde luego el pueblo no puede entender, le es imposible entender. Sigue el rumbo de los acontecimientos y sucede algo más desconcertante. Se avecina la lucha presidencial, ya que el Presidente López con gesto gallardo, grande y

fuerte que yo reconozco como testigo presencial, llama a unos ciudadanos no para que sean ministros sino —palabras textuales— para que formen una Junta de Gobierno. Y con gran superioridad de espíritu declara que en sus manos ya no funciona la República y que él tiene que hacer dejación del mando, no importan las consecuencias personales que eso tenga, en bien de su patria y su partido. Pero mañosamente, como corresponde a este proceso, mientras se prepara la orientación que creen debe darse a su reemplazo, los adversarios del señor López simulan el deseo de que se quede, para después ser partidarios de que se vaya. ¿Por qué tales cambios? Sencillamente porque en virtud de este movimiento nuestro se le atajó entonces el paso a la oligarquía, como ahora se lo vamos a atajar. Así se cambia de frente, y los mismos que deseaban que el presidente López se fuera, se vuelven partidarios de que el presidente López se quede. El país no entiende que pueda haber dentro de la seriedad de este sistema de vaivén, de cambio, de rudo juego con la opinión pública. Pero pasa un tiempo y ¿qué sucede? Que al país le afirman: todo ha cambiado; el Partido Liberal está de nuevo fuerte; el gobierno de nuevo fuerte; todos nos encontramos organizados y orientados. Y, sin embargo, a la semana o a las dos semanas los mismos que tan vigorosamente hablaban este lenguaje, salen a las plazas para decir: “La oposición no deja gobernar”. O en otros términos, que a lo mismo equivalen: “La oposición es superior al gobierno”. Pero marchan los acontecimientos y se acercan de nuevo las luchas electorales y llegan los candidatos, o mejor, las fuerzas que respaldan a los candidatos y una de esas fuerzas dice: aplaudimos al gobierno, perfecta es su obra; aplaudimos al congreso, perfecta es su obra; jamás el Partido Liberal se ha mostrado más vigoroso en los anales de la República. Y a pesar de que la otra fuerza afirma lo mismo, de la noche a la mañana las encontramos oponiéndose la una a la otra con la mayor vehemencia. Entonces el país se pregunta: ¿qué está

sucediendo en este valle de Dios? ¿Cómo es posible que los que están unificados en sus conceptos, en el fondo y en los sistemas, presenten esta pugna tan áspera, tan honda? ¿Por qué dividen al Partido Liberal si están sosteniendo las mismas tesis? Y el pueblo, naturalmente, se desconcierta. La lucha continúa y hay un momento en que culmina. Se afirma que el pueblo no debe darse cuenta de esas pugnas interiores y, sin embargo, hay un instante en que se rompe esa apariencia de cordialidad.

MOTIVO DEL ROMPIMIENTO

¿Cuál es el motivo que lleva al rompimiento? ¿Será el grave problema de la diferencia de criterios sobre cómo vamos a reemplazar el tiempo que perdimos, que no hemos trabajado, como sí lo trabajaron Brasil, Perú, Chile, Venezuela, a fin de prepararnos para la paz, como esos pueblos lo hicieron y nosotros no lo hicimos? ¡No! Eso ni siquiera se menciona. ¿Se deberá la honda controversia a una diversa concepción sobre la manera como vamos a defender nuestra industria, que va a verse atacada en lo porvenir por la más ruda prueba de su historia y cuya pérdida o debilitamiento constituiría un golpe sustancial a la fortaleza de la República? Vosotros no podéis decirme que haya sido ese el motivo de discusión que ha separado a esas fuerzas.

¿O será la inquietud de cómo acometer el problema de la cultura y cuál el método que adoptaremos e intensificaremos para acabar con el porcentaje tremendo del analfabetismo? ¡No! No es ese el problema, ni siquiera lo mencionan. ¿Será acaso para resolver la traición de una educación técnica y consagrarnos a sostener universidades más o menos malas de Derecho, de donde podamos extraer los futuros “manzanillos” que nos sirvan? ¿Las ha acaso dividido el problema técnico de saber cómo se va a incrementar nuestra agricultura? ¿Será el problema de saber cómo se va a modificar esta situación desesperante del pueblo

colombiano, al cual se le habla de alza de salarios pero al mismo tiempo se le suben los precios para hacer casi imposible la subsistencia de los hogares? ¡No! Ninguno de estos graves problemas las separan.

¿Será entonces la manera como vamos a defender a la pequeña industria, base de la capacidad autónoma que buscamos para asegurar en el presente y en el futuro la suerte del país? ¡Nada de eso las separa ni distingue! Ni siquiera esos conflictos son considerados como problemas de orden político.

Entonces, como hombres que aceptamos el método experimental, tratemos de averiguar cuál es el motivo que pone en pugna a esas fuerzas; el diferendo que conmueve al país; que merece la atención de las radios, de los periódicos, de las tribunas. El hondo problema —con dolor y angustia lo digo—, la cruenta lucha y la terrible controversia se reducen a decidir si la Convención Liberal se ha de reunir en julio o se ha de reunir en diciembre. Esa es la batalla que se está librando en Colombia y que acaba de culminar.

Seguramente os preguntaréis cómo es posible que un hecho tan minúsculo produzca tan tremendo desplazamiento de fuerzas. No creáis, porque os oigo ahora reír, que la cuestión es para risa. ¡No! Inquietante problema que con el método experimental que estoy siguiendo me va a permitir sintetizaros el trágico panorama presente de la vida nacional. ¿Por qué esa profunda pugna, esa voluntad desperdiciada, esa pasión, esos corrillos, esos comités, esas firmas? Porqué? Por una única causa, por una sola razón, señores que me escucháis aquí y en toda la República: porque uno de los grupos piensa que reuniendo la Convención en julio no le escamotean las firmas de adhesión y ¡el otro grupo piensa que reuniéndola en diciembre hay tiempo para escamotear esas firmas! ¡Colombia reducida a esas proporciones! ¡Los problemas nacionales, en hora tan angustiada, centralizados en esta desnuda verdad!

Acompañadme a sacar una conclusión, una conclusión patente y clara. El pueblo, meditando en sus problemas económicos, en sus problemas sociales, en la educación de sus hijos, en el enriquecimiento de la agricultura, en la bondad de los campos, en la defensa del parto de sus mujeres, en la curación de la sífilis, en la lucha contra el alcoholismo, en la destrucción de los parásitos, en la campaña contra el paludismo, en la defensa del hombre y la grandeza de Colombia que se asientan sobre la salud, la inteligencia y la capacidad del colombiano. Ese es vuestro sentimiento, el sentimiento de todo el pueblo que me escucha ahora. Esa su preocupación constante y trascendental. Y en parangón desesperante, hay otro grupo que no piensa en esas soluciones, que no se diferencia por esas cuestiones, que no pugna por esos motivos, que tiene como razón vital de su actividad, de su pasión, de su energía, los votos más o los votos menos; la firma de fulano o el escamoteo de la de zutano; la habilidad salvadora de un fraude, la promesa de una Embajada, el halago del contrato, en una palabra ¡el solo y simple juego de la mecánica política que todo lo acapara! Por eso me siento autorizado para sacar otra conclusión. En Colombia hay dos países: el país político que piensa en sus empleos, en su mecánica y en su poder, y el país nacional que piensa en su trabajo, en su salud, en su cultura, desatendidos por el país político. El país político tiene rutas distintas a las del país nacional. ¡Tremendo drama en la historia de un pueblo!

No pretendo afirmar que se trata de un fenómeno exclusivo de Colombia. ¡No! Tiene su explicación de proceso histórico; nos lo demuestran las leyes de la sociología que dentro de breves momentos me dedicaré a explicar. Me urge sí anticipar que no puede limitarse a las simples condiciones de uno de esos vanos problemas electorales que pasan al momento. Es más bien una de esas etapas críticas que los pueblos sufren. Pero antes de acometer el análisis en cuestión resulta

conveniente tratar de saber si, desde el punto de vista del país político, hay causas que lo muevan a dedicar todas sus energías a la simple lucha de las firmas con menosprecio de otros puntos de mayor entidad.

Dentro de su mundo el país político tiene razón. La experiencia le enseñó que en ocasión pasada, cuando el retiro del presidente López, una de esas fuerzas tenía la mayoría de los votos en el Congreso y en la Convención y que la otra logró, por maniobras y solicitud de firmas quitarle los votos a la primera. Debo ahora preguntar ante vosotros: ¿cómo es posible que estos hombres cambien tan fácilmente de opiniones? ¿Por qué este comercio de firmas alrededor de la Presidencia de la República? Por una razón terriblemente sencilla: es que el hombre no puede incendiarse sino por grandes ideales; no puede sentir pasión sino por las cosas que tengan perspectiva histórica; es que el hombre no se aferra con empeño sino a sus ideas, sus amores, su hogar, su pedazo de tierra; a sus tumbas y sus escuelas; a aquello que le da razón a su vida. Pero toda esa mecánica política no tiene raigambres tales en la vida nacional. Es una pequeña cosa con atributos momentáneos, con simples derivaciones instantáneas. No tiene odios porque apenas conoce la degeneración del odio, que es la antipatía. No tiene amores porque apenas conoce la degeneración del amor, que es el capricho. Le falta iluminación porque su lucha es por lo inmediato y efímero. Su trinchera no mira hacia el mañana sino hacia la minúscula escudilla del instante. ¡Por eso cambia de votos, pareceres y opiniones!

LA OLIGARQUÍA

Cuando en un país la política llega a extremos tales, de espaldas a los intereses de la nacionalidad, podemos afirmar sin vacilaciones que se ha implantado el régimen oligárquico. Porque no creáis, como algunos so-fistas han querido hacerlo pensar, que la oligarquía es solamente el do-

minio de la plutocracia. Oligarquía es la concentración del poder total en un pequeño grupo que labora para sus propios intereses, a espaldas del resto de la humanidad. La oligarquía, como en la añeja estructura de la vieja India, tiene sus gradaciones que pueden ir del *varia* al *sutra*. Y entre nosotros, tiene su división en tres estructuras: la primera a cuya cabeza están los dirigentes que a su turno se bifurcan en unos que no quieren sino el dominio, el *IMPERIUM* en el sentido romano de la palabra; que su voz sea la voz del amo sin la cual no se puede mover ninguna de las actividades colombianas, y otros que aspiran a que todas las riquezas, la especulación, los contratos, los negocios, sean para la camarilla afortunada.

Viene enseguida la segunda, o sea la estructura intermedia, la que sirve de lazo de comunicación. Se cotiza especialmente entre los hombres de inteligencia que tengan almas de secretario. Ellos hablan, mas no por su propio albedrío, sino atendiendo al soplo director de los de arriba. Son como las bridas de los caballos, que sirven para dirigir pero siempre que otros las manejen. Estos odian a sus compañeros independientes, sienten la necesidad de abominar de los hombres de su propia generación que recorren su brecha personal y cuya presencia constituye para ellos un permanente reproche, erguido contra su incapacidad para la lucha. Saben que no han logrado por sí mismos la aptitud de vivir para su pueblo; saben que periclitando los amos su posición es secundaria y por eso lo reducen todo a rendir pleitesía a quienes los dirigen.

Y la tercera estructura. Esa es moral e intelectualmente minúscula, pero muy útil en este proceso de formación. Ya tenemos el cerebro y tenemos la voz que prefabrica el ambiente según las órdenes recibidas. Pero se necesitan los tentáculos, los brazos que penetren a todos los lugares, que vayan desde el ambiente municipal al barrio, a la asamblea, al comité; que atiendan al tinglado electoral para beneficio del país

político. A estos se les acaricia con las únicas cosas con que es posible acariciarlos: con las granjerías.

No se habrán sentado en los bancos de la universidad; ni descollado en la agricultura, en la ciencia, en la técnica, pero serán senadores, o representantes o diputados, o mimados con las mejores canonjías. El criterio para medirlos no será su capacidad sino su habilidad electoral. Y desplazarán al médico, ahuyentarán al ingeniero, sustituirán al universitario. No tendrán título pero serán doctores. Y vendrá necesariamente esa honda putrefacción moral que circunda la vida colombiana, con profunda repugnancia de su pueblo. Es así como se ha logrado derrumbar el concepto ético. El hombre cuanto más vil sea servirá mejor; cuanto más abyecto será más útil. Y necesariamente en esa situación, los hombres de personalidad, los hombres de inteligencia que no marchen, que no se dobleguen, serán puestos al margen y el país entregado a la degradación moral. Todo porque no habrá sino una finalidad, un objetivo, una razón de todos los actos: el servicio al país político. Todo lo que sirva al país político es bueno y todo lo que no sirva al país político, vale decir a la oligarquía, es malo. Y con el mismo criterio se hará la calificación de la importancia de las fuerzas sociales, de su beligerancia en la vida nacional.

Ved qué inmensa multitud se halla aquí presente: profesionales, estudiantes, obreros, comerciantes, trabajadores de todas las clases atestan este teatro y llenan las calles vecinas. Inmensa multitud como no había sido vista nunca en este sitio. Pues bien: si mañana cuarenta, cincuenta o sesenta sujetos al servicio de la oligarquía o país político se reúnen bajo custodia armada que los defienda del público que los rechaza, y se autoapellidan “convención”, sus decisiones tendrán para el país político fuerza perentoria porque están exclusivamente a su servicio. Pero si vosotros os reunís aquí y aclamáis unas ideas, un hombre o un sistema, entonces os gritarán que sois ignaros, que sois desconocidos, que vuestra

decisión nada significa. ¿Por qué? Sencillamente porque no habéis entregado incondicionalmente vuestro criterio a la casta política.

El país político, o la oligarquía que es la misma cosa, selecciona a los hombres, los infla, los llena de importancia aun cuando no la tengan. De ahí los internacionalistas que jamás han abierto un tratado de derecho internacional; los constitucionalistas que jamás en su vida han sabido lo que es el derecho constitucional; los miembros de comisiones parlamentarias que deciden sobre códigos penales y no han asistido jamás a las aulas universitarias. ¿Por qué se irrespeta así a un país tradicionalmente respetuoso del culto a las jerarquías de la inteligencia? Hemos llegado al sistema según el cual la única norma de victoria es el sometimiento a la oligarquía o país político, que otorga los títulos, califica la inteligencia y el conocimiento e ignora o destruye al resto del país, que no tendrá categoría sino le ha sido bondadosamente dispensada por los monopolizadores de la propaganda.

EL SERVILISMO: MEDIO DE TRIUNFO

Todo esto es, desde luego, desconcertante desde el punto de vista político. Pero lo es más, infinitamente más, desde el punto de vista humano; del hombre colombiano en su inteligencia, en su salud, en su capacidad económica, que es la suprema preocupación de nuestro movimiento. La oligarquía piensa en función de mecánica electoral. Nosotros pensamos en función de agricultura, de sanidad, de trabajo, de organización, de dignidad humana. El pueblo colombiano desea que el hombre no pueda escalar la cima de la victoria sino por el trabajo, por el esfuerzo y por la voluntad. ¿Cuál es, señores, el porvenir de nuestros hijos, de prolongarse este ambiente en que nos debatimos? ¿Estáis seguros de que triunfarán por el estudio, por el mérito, por la capacidad, por el esfuerzo?

No. Si nuestros hijos quieren triunfar dentro de esta situación, tendrán que transitar por bajos caminos, por los que no queremos para ellos. No triunfarán por trabajadores, por consagrados, por técnicos, agricultores o ingenieros concededores del ramo, ni por desvelados en el estudio, sino porque sean viles o abyectos con el cacique o con la situación creada. Nuestra campaña es campaña colombiana, que quiere restaurar la grandeza que nutrió su historia, para demostrar que aún somos una raza fuerte, altanera y batalladora. Por eso nos miran con el desdén con que fingen mirarnos. La oligarquía, el país político, no comprenden que pueda ser candidato a la Presidencia de la República uno de vosotros, los del país nacional, sin el previo permiso o asentimiento de ellos, aun cuando lo sea en nombre de la República y por autoridad del pueblo. No pueden ni quieren entender que la Presidencia de Colombia pueda ser ocupada por gente distinta del oligarca en persona, del secretario, o de aquel que sincera o insinceramente se le someta. El pueblo colombiano, en cambio, piensa que esa dignidad no debe ser ocupada en lo sucesivo, ni por el oligarca, ni por el secretario, ni por el sometido.

Y no creáis que cometen una equivocación cuando sienten ese desprecio por estas inmensas multitudes. Ellos tienen su técnica, que es la misma técnica de los micrófonos del doctor Goebbels. Adulterar, engañar, para crear la opinión. Y por eso no os extrañéis de su comportamiento despectivo. En realidad para ellos nada valéis los hombres de Colombia que unís vuestro fervor al mío. Sois las fuentes del trabajo y de la riqueza, pero no pertenecéis al país político y por consiguiente no tenéis personería política. Y por eso tampoco os extrañe que afirmen que este movimiento no tiene dirigentes. Sí los tiene, pero entre los hombres de trabajo y de independencia, que por ello carecen de nombre en el país político u oligárquico. Y ello es natural, porque somos una rebeldía contra la ignominia.

LOS PARTIDOS SE CONSERVATIZAN EN EL PODER

Atrás os prometía demostrar cómo la situación a que hemos llegado tiene sus antecedentes de fenómeno histórico, sometido a leyes en sus causas y en sus efectos. En el mundo de la sociedad las cosas no se dan arbitrariamente. Tienen sus leyes. Desde luego, más desconocidas que las del mundo de la psicología y mucho más que las del mundo biológico. Podéis observar solo los resultados y desconocer las causas pero siguen siempre su ritmo, su sistema.

Se ha dicho que todo partido en el poder tiende a conservatizarse. Desde luego este término no lo empleamos en el sentido electoral sino en el psicológico. Es decir, que los hombres cuando llegan al poder, transcurrido un tiempo pierden la fuerza impulsora de su destino, de su arranque y de su capacidad transformadora. En los países democráticos su estructura política presupone la existencia de fuerzas de la oposición. La oposición abre un paréntesis, no solo es un derecho sino una necesidad en un país democrático. Ahí radica su fuerza: en que haya un gobierno que gobierna y una oposición que en virtud de su crítica controla, limita o impulsa al mandatario para que su actuación sea mejor. Lo que es absurdo e implica un complejo de inferioridad, es el decir que la oposición no deja gobernar y hace invivible el país. El que manda no puede usar ese lenguaje. El gobierno tiene que gobernar; la oposición tiene libertad para oponerse, pero el gobierno tiene que triunfar por la virtud de sus actos, de sus concepciones y sus realidades. La democracia no se salvará cortándole las alas a la oposición o pidiéndole que no ataque. En la democracia el gobierno se salva siendo tan puro, tan trabajador y tan capaz, que por sus mismas virtudes destruya las voces injustas de la oposición.

Decía que quien está en la oposición tiene ideales distintos al que gobierna, ansía cosas diversas, pretende modos diferentes. De ahí esa

característica dinámica y de lucha de toda oposición. Pero un día esta llega al gobierno y necesariamente en el gobierno se constituye la estructura gubernamental, que no puede englobar a toda la masa que antes constituía la oposición ni puede ocupar puesto físico en el nuevo gobierno. Viene entonces un proceso humano, porque todo lo malo y todo lo bueno es humano, y es la formación, en plazo más largo o más corto, del país político según lo he analizado, integrado por la mayoría de quienes detentan físicamente el poder. Conocerá las sensualidades del mando; las ventajas y los placeres del poder. Se formará el círculo de los que adulan, de los contratistas, de los amigos con intenciones de ilícitas ganancias. En una palabra, surgirá la zona de satisfechos, de los que ya nada ansían y que por eso piensan que lo mejor es conservar lo existente. Los poseedores físicos del mando van acomodándose, atemperándose, las alas se rompen; el poder queda justificado por el poder mismo; desaparece la ambición idealista y transformadora y se luchará por crearle a la juventud especialmente un ambiente en el cual la mayor apetencia sea la del puesto público, sin otra ansia, ni otro ideal, ni otra energía que la de crearse una pequeña y modesta posición.

Solo quedará entonces como fuerza impulsora, como potencialidad creadora —porque toda creación es obra de insatisfechos— la gran masa de la opinión cuyos ideales no han sido realizados. Solo quedará el pueblo, el país que he llamado nacional, que sigue teniendo un objetivo de batalla ya que la posesión física del mando no lo ha anestesiado. Y por eso es al pueblo, al pueblo liberal con sus fuerzas intactas de anhelos y de ideales, a quien me dirijo.

Por algo me regocijaba que un periódico dijera comentando mi primera conferencia que yo no era hombre de gobierno sino de oposición. ¡No! Lo que pasa es que yo no creo que el gobierno sea para descansar, sino una trinchera para batallar mejor.

Todo lo anterior nos sirve para explicarnos la causa por la cual se va formando por los interesados del país político ese ambiente que llaman de serenidad. Todo lo que sea la verdad parece una imprudencia contraria a las cualidades de un estadista. Y se termina por crear como culminación el actual estado de cosas, al que no le podremos aplicar la bella frase de Gautier sobre un cuadro de Murillo, de que la luz tiene como sombra la luz. ¡No! Tendremos que decir que la sombra está iluminada por la sombra, situación en la cual se pierden todos los empujes hondos. El país político, tranquilo, que hace discursos y conversa de los problemas nacionales, pero que cambia de la noche a la mañana sus propósitos; que un día habla de las transformaciones sociales y al día siguiente presenta proyectos suprimiendo el derecho de huelga; que un día habla de la intervención del Estado y al día siguiente fracasa en esa intervención, porque ella requiere para su eficacia el trabajo y la técnica y no los sistemas burocráticos; que al plantearse el problema de los arrendamientos tratará con mano dura a los pequeños, a los económicamente incapaces y usará de mano blanda para los fuertes; que al plantearse el problema del consumo hablará de la intervención estatal pero la manejará solo con el criterio de la influencia política y el favoritismo. Los amigos del país político tendrán fáciles permisos que los enriquecerán rápidamente, pero los comerciantes y trabajadores sin influencias serán vencidos por la plutocracia.

GANAREMOS LA BATALLA

Para concluir, porque ya es la hora, tengo que expresar: no hemos hablado esta noche sino del criterio; de que tenemos distinto criterio al del país político y es en este sentido que estamos enfrentados con él. Pertenece al país nacional que va a combatir contra el país político. Se emplearán contra nuestro movimiento todos los medios: la calumnia, el desconocimiento del problema, la propaganda falaz. Nada de eso ha

de arredrarnos. Vamos a ganar la batalla. Ellos se creen las únicas gentes importantes, y por eso al pueblo que me escucha y me sigue lo toman por gente ignara y sin prestigio. No invitamos a que se queden con nosotros los débiles de voluntad, los que tienen miedo a la mecánica organizada, los que solo adhieren a la lucha que tiene ya asegurada la victoria. Esos son frágiles y esta es una lucha fuerte para gente fuerte. ¿Que no tenemos máquina política y que su máquina nos puede aplastar? ¡Pues nosotros aplastaremos a la máquina! Se piensa que el fraude, a la manera del que se suele cometer, ¿va a dar la victoria a nuestros adversarios? Pues tenemos que declarar que el fraude y la coacción son un solo delito y que contra el delito solo hay una cosa que no es ni puede ser permitida: ¡someterse al delito!

Apenas quería plantear ante vosotros un criterio. Hemos examinado una realidad. Sabemos que hay un país político y que hay un país nacional; hemos visto cómo se ha ido formando el primero; conocemos su proceso y sus huellas históricas; hemos probado que tiene antecedentes en la realidad psicológica de los hombres y experimentamos los hondos males que trae para un país una situación semejante. Valga un ejemplo: cuando regresé a Colombia en 1928, desde esta misma tribuna auguré para Francia tristes destinos. Me bastaba haber observado que allá existía un país político que le volvía la espalda al país nacional. Este pensaba en la defensa frente a Alemania, en los cañones, en la aviación. Y la camarilla política con sus rencillas oscuras, sus odios inferiores, su hipocresía, votaba por el ministro de Aviación Pierre Cot o votaba contra el ministro Pierre Cot, no teniendo en cuenta los intereses de la fuerza aérea francesa, sino porque la derrota del ministro o su victoria le servía a esta o a la otra casta del país político. Y así pereció Francia. Solo se salvó cuando llegaron los nuevos conductores en su mayoría desconocidos, los apasionados, los inconformes, los “impolíticos”. No solo era un desconocido

el general De Gaulle sino un desplazado. Como en otro país y en otras situaciones similares, no solo no era un hombre importante sino un simple robarador de bancos José Stalin; no solo no era un grande hombre para la plutocracia y el país político norteamericano Roosevelt, el gran muerto, sino un demagogo que irrespetuosamente intervenía en zonas a otros reservadas, es decir, a los anquilosados y petrificados hombres del país político. Pero una Nación no se salva con simple verbalismo, ni con jugadas habilidosas, ni con silencios calculados, sino con obras, con realidades, con el otro aspecto de nuestro criterio, que es el de tener como objetivo máximo de la actividad del Estado al hombre colombiano. Cómo va su salud, cómo su educación, cómo su agricultura, cómo su comercio; cómo van su industria, sus transportes y su sanidad. Eso es lo que queremos. Lo demás, las consejas mentirosas, el mutuo robo de las firmas, esos odios que acaban en abrazos falsos, todo eso nos causa risa o nos causa indignación, ¡porque la patria es lo primero en nuestra mente, en nuestro corazón, en nuestra vida! Ya sabemos que lo uno como lo otro es política. Pero también sabemos que la política, como todas las cosas, tiene distintos significados y criterios. Sabemos que en Rafael como en Miguel Ángel o en Leonardo la pintura es pintura. ¡Pero en Rafael es color, en Miguel Ángel es forma, en Leonardo es profundidad!

Para el país político la política es mecánica, es juego, es ganancia de elecciones, es saber a quién se nombra ministro y no qué va a hacer el ministro. Es plutocracia, contratos, burocracia, papeleo lento, tranquilo usufructo de curules y el puesto público concebido como una granjería y no como un lugar de trabajo para contribuir a la grandeza nacional: Para nosotros es distinto. En esta lucha estamos y estaremos. Nadie puede detenernos. Solo si se presentara al debate presidencial un candidato del Partido Conservador, volveríamos a meditar en la actitud que ante la nueva situación debamos asumir.

Nuestro movimiento es lucha de hombres que quieren redimirse y tienen fuerzas para ello. Porque nos sentimos capaces para esa lucha; porque no tenemos odios; porque respetamos personalmente a nuestros adversarios y a los que no piensan con nosotros, estamos y queremos estar en esta batalla de perfil nacional. Nuestra lucha es pacífica. ¡Tenemos el concepto de que la vida es una cantera y que la piedra de esa cantera no se transforma en catedral o en estatua sino con los cinceles de la pasión y de la voluntad!

Hombres de pasión; hombres que aún creéis en el colombiano fuerte, vigoroso y sin miedo. ¡Adelante!

¡PUEBLO: por la restauración moral de Colombia, a la carga!

¡PUEBLO: por la Democracia, a la carga!

¡PUEBLO: por la Victoria, a la carga!

DISCURSO-PROGRAMA DE SU CANDIDATURA PRESIDENCIAL

Discurso pronunciado en la Plaza de Toros La Santamaría de Bogotá, septiembre 23 de 1945

Casi todos los movimiento sociales y políticos que han transformado a un país o alterado la historia del mundo han aparecido en forma sorpresiva. Pero estaría equivocado quien obtuviera de tal hecho, la índole de su naturaleza, porque siempre, al profundizar en la investigación histórica, se ha encontrado en cada uno de los grandes actos humanos colectivos una serie de antecedentes metódicos, que pueden seguirse desde su iniciación embrionaria hasta su culminación en la forma definitiva de su fuerza y contenido.

Al contacto de las realidades vividas; de los anhelos destrozados; de las ansiedades legítimas incumplidas; de los clamores de justicia no escuchados; de las afirmaciones de la verdad desconocida o negada; del bien o del amor ultrajados, van formándose, metódica y silenciosamente pero de manera inexorable, nuevas formas de anhelo, distintas concepciones de equilibrio social, diversas inquietudes de la voluntad hacia un sistema más adecuado y justo de la vida. Y cuando estos elementos irrumpen en un momento dado, al calor de un pretexto de apariencia exigua pero profundo y demoledor como una chispa sobre materias inflamables, quienes habían creído dotar a su poder, a su dominio, a su sistema, de unas características de apariencia indestructible, son los primeros poseídos por una sensación de sorpresa y desconcierto.

Tal fue lo que experimentaron los poderes que mantenían la hegemonía del mundo ante la presencia de la nueva concepción

de vida que aportaba el cristianismo. Y una incredulidad desorientada recibió los primeros indicios del turbión anónimo, desheredado y proscrito que se lanzaba a transformar la política y la filosofía universales en el crisol de la Revolución Francesa.

No ha operado jamás de otra manera el proceso histórico. Nunca en la sucesión de los acontecimientos se han presentado actos milagrosos. En la trayectoria que han seguido todas las civilizaciones y en las tormentas donde se han cumplido transformaciones esenciales, han actuado en dramática y fecunda contraposición, dos fuerzas que culminan en dos estados psicológicos. De un lado aquellos a quienes el poder, como siempre, adormece y estanca; a quienes la embriaguez del dominio recorta y amengua en su ambición creadora; a quienes el ejercicio del mando destruye el impulso de la inconformidad; a quienes por actuar en ambientes de beneficiados se les hace sordo el oído para escuchar el clamor subterráneo que se incuba y vibra como un presagio de tempestad. De otro lado aquellos que producen este mismo clamor; los que fuera, en la escuela, en el rancho desolado del campesino, en el taller sonoro del artesano, en el alma de la madre y en el seno de la juventud; en la mente del industrial y del comerciante, van gestando un nuevo destino del vivir, una nueva ansiedad en la forma y en la organización de la sociedad.

Y como la vida verdadera es dinámica, anhelo de superación, voluntad de progreso, presencia de mejores concepciones, un día, cualquier día, el distanciamiento de esas fuerzas encontradas, la una visible y radiante, la otra oculta y activa, llegan a la saturación y se presentan altivas y batalladoras. Y en medio del silencio narcisista o contra la represión violenta; por encima de

la propaganda engañosa que intenta falsear la realidad, de los socavones de la conciencia colectiva van brotando nuevos filones, van poniéndose en circulación nuevas ideas. Sobreviene el choque. Y de él quedan un nuevo sistema y un método nuevo, fundados en la marcha inexorable del progreso humano.

Tal hecho evidente constituye una explicación, siquiera sea muy fugaz, de vuestra presencia en este recinto para expresar el respaldo a un movimiento, que en el presente caso yo encabezo, en la más vasta e imponente de las manifestaciones políticas de que haya noticia en los anales ciudadanos de Colombia.

EL DESTINO PROVIDENCIAL DEL HOMBRE

Yo no creo en el destino mesiánico o providencial de los hombres. No creo que por grandes que sean las cualidades individuales, haya nadie capaz de lograr que sus pasiones, sus pensamientos o sus determinaciones sean la pasión, la determinación y el pensamiento del alma colectiva. No creo que exista ni en el pretérito ni en el presente un hombre capaz de actuar sobre las masas como el cincel del artista que confiere caracteres de perennidad a la materia inerte. El dirigente de los grandes movimientos populares es aquel que posee una sensibilidad, una capacidad plástica para captar y resumir en un momento dado el impulso que labora en el agitado subfondo del alma colectiva; aquel que se convierte en antena hasta donde ascienden a buscar expresión, para luego volver metodizadas al seno de donde han salido, las demandas de lo moral, de lo justo, de lo bello, en el legítimo empeño humano de avanzar hacia mejores destinos.

Si tenemos en cuenta las circunstancias en que este movimiento ha podido lograr tan caudaloso impulso, podemos comprobar cuál es

su armonía, con el querer de la realidad nacional. No se ha logrado al amparo de una mecánica política que viola acomodaticamente y en acuerdo con sus intereses los estatutos del partido, al cual pertenecen estas masas entusiasmadas; ni halagando en cada municipio y en cada aldea la aspiración personal de los caciques que se constituyen en comités o en directorios; ni falsificando registros electorales; ni gozando del apoyo financiero de especuladores que llegan a la política sin la sagrada ambición de salvar principios, sino con la codicia de realizar inversiones provechosas; ni al amparo de convenciones y directivas que falsean la opinión popular; ni con el patrocinio de la prensa opulenta sino más bien luchando contra su engaño o contra su silencio; ni con las influencias oficiales que directa o indirectamente coaccionan el espíritu de los ciudadanos en municipios y departamentos. No ha contado este movimiento con nada de este artificio que constituye y sostiene el país político. Lejos de ello, marcha contra la existencia y el aprovechamiento de esos recursos para adular la verdad democrática y busca restaurar los principios y los fundamentos de esa verdad, sometidos a la alquimia de la simulación.

En frente de este movimiento cuya realización representa el clímax de un largo proceso, algunos podrán preguntarse cuál es la causa que lo ha producido y cómo se ha verificado el hecho insólito de que los poseedores de todas las preeminencias y de todos los privilegios se encuentren solitarios, en tanto que aquellos a quienes se suponía solitarios se hallen en tan poderosa compañía. Y no podrán, ni ellos ni quienes traten de encontrar una explicación eventual, hallar otra distinta a la de que él interpreta el angustioso anhelo de mirar hacia el porvenir, con el pensamiento y la acción que agitan a la mayoría absoluta de los hombres que hemos tenido la fortuna de nacer en esta patria grande, noble e ideal.

RESTAURACIÓN MORAL DE LA REPÚBLICA

Nos ha bastado proclamar que aspiramos a la restauración moral y democrática de la República. Y esa fórmula diáfana y sencilla ha sido entendida por las gentes de Colombia con toda la fuerza real y trascendente que encierra su contenido. Solo los que integran y especulan con el país político no encuentran en ella mérito ni substancia, unos por dañada intención y otros por culpable ceguera.

Con fundamento sólido los pensadores y exégetas del mundo presente, cuya misión consiste en organizar los elementos dispersos de que se compone la verdad social de un país, nos recuerdan con énfasis que el primordial de los problemas que confronta la actualidad es el problema moral. Y cuando dicen problema moral no enuncian una frase vana de significación teórica, ni una simple norma de carácter doméstico para la convivencia entre los miembros de la familia, ni aun la simple pulcritud en el manejo de los bienes públicos. Ellos saben, y nosotros lo sabemos también, que la moral, socialmente entendida, es todo eso y algo más que todo eso. Cuando decimos moral, definimos la fuerza específica de la sociedad.

Las leyes de la vida exigen para su conservación que los organismos mantengan el régimen de equilibrio que les es propio entre sus elementos componentes. Y si a la sociedad se la ha considerado como un organismo es porque en ella actúan diferentes elementos, a veces contrapuestos, que en su equilibrio le dan unidad, sostienen su existencia y permiten su progreso. La moral es la más evidente, real y concreta de todas las realidades sociales. Porque es un derivado, una culminación de experiencias, de rectificaciones y de ensayos, de angustias rechazadas y de alegrías conseguidas, que en la intensidad de un largo proceso llegan a constituir la norma de la conducta, el método de hombres que viven en común, sobre la base de limitar sus designios, conservar sus derechos,

impedir los abusos, santificar la verdad y desarrollar el trabajo en una escala ascendente de compensaciones merecidas. Cuando estas normas se quebrantan o se amenguan, se produce como consecuencia inexorable la anarquía. La moral, unidad de conducta en el tiempo y en el espacio hacia un fin determinado de civilización y de cultura, se extiende a todas las relaciones entre los hombres, desde las materiales hasta las que se desarrollan en el más alto plano de la espiritualidad.

No es de esperar que los hombres que tienen de la política una concepción simplemente mecánica; que gozan de la sensualidad del mando por el mando mismo; del poder por el poder mismo y de la ganancia por la ganancia en sí, puedan sentirse impresionados por la consideración o el respeto de estos principios, porque su buen éxito depende de la inexistencia de estas normas.

Basta recordar la época crepuscular de los diversos ciclos de la civilización humana para descubrir que esos ocasos han sido señalados por el quebrantamiento de las normas de la moral; lo mismo en la agonía de la civilización egipcia que en las postrimerías del Imperio Romano; en la decadencia del Renacimiento lo mismo que en la desaparición de las monarquías absolutas.

PERIODO DE TRANSFORMACIÓN DE LA CIVILIZACIÓN HUMANA

A los hombres de las actuales generaciones nos ha correspondido el doloroso privilegio de asistir a la transformación de uno de los períodos de la civilización humana. Es doloroso, porque la crueldad y la violencia, que son propios de estas transformaciones, martirizan y desangran a la humanidad que las padece; pero es privilegio porque con fe actuante en un destino mejor, nos es dable convertimos en el eslabón que vincule

las buenas cosas ganadas en el pasado, a costa de luchas cruentas, con las ventajas que el futuro debe traer a la humanidad.

Las democracias acaban de librar victoriosamente, en sangrientos campos de batalla, con denuedo y sacrificio increíbles, la más dramática y heroica contienda de la historia contra el más estruendoso sistema de descomposición moral de nuestro tiempo sintetizado en el nazismo y el fascismo. La abominable ostentación de estas cristalizaciones del mal no radicaba propiamente en su estructura material, en su organización, en sus nombres, en sus grandes equipos militares, en la acumulación de elementos destructores. Todo ese poderío no era sino el instrumento para lograr la victoria de la violencia contra las normas morales de la civilización cristiana. El hombre, según esos principios bárbaros, no representa un valor por sus atributos intelectuales sino por su impersonal aceptación del dominio y el sentimiento de los detentadores del poder. La honradez no es una cualidad indispensable en el mismo grado que la habilidad y la sumisión al servicio del sectarismo. La ciencia no representa una luz en el descubrimiento de la verdad, sino un elemento utilizable para las perversas intenciones de la política predominante. A su servicio, la prensa ignora maliciosamente la realidad del mundo o desfigura los hechos con el solo criterio de la utilidad que tal conducta representa para las fuerzas imperantes. La piedad humana se convierte en una sensiblería, indicio de debilidad. Lo importante no es la doctrina sino la táctica. La mecánica política del Estado significa más que los principios éticos, los cuales se convierten en un bagaje irrisorio. La sinceridad es un impedimento y la hipocresía un invencible instrumento de lucha. La doctrina es un pretexto y la obra una simulación. Todo se convierte para aquellas fuerzas del mal en un medio para conspirar contra la clemencia, para destruir la igualdad de las razas, para desconocer el derecho de los débiles, para encadenar la libertad de los espíritus, para demoler la lealtad familiar, para tergiversar

la verdad científica, para adular la expresión sincera del arte. Todo se utiliza contra los principios morales, o sea contra las normas de conducta, conquistadas por la humanidad al cabo de profundos afanes y varoniles luchas para transitar decorosamente por el camino de la vida.

Dicha dramática situación ha sido el natural epílogo de la utilización impudica que las fuerzas minoritarias hicieron de las grandes conquistas logradas por la ciencia y por la técnica en el iluminado siglo XIX. Los extraordinarios valores que la civilización aportó; la obra persistente y prodigiosa de la química, la mecánica, la electricidad; de los descubrimientos biológicos, de las comunicaciones, fueron usufructuados sin obediencia a consideraciones de moral social ninguna y con el único objetivo de dar mayor ventaja a los grupos preponderantes. De ahí que descubrimientos y conquistas que han debido aligerar la carga de desventuras que soporta la humanidad, se trocaran en fuentes de mayor sufrimiento, mayor explotación y mayor miseria.

Cuando la codicia sin nombre necesitó provocar guerras, la sangre de los hombres tuvo que pagar su tributo. Si los fabricantes de la muerte en un país tenían que unirse con los fabricantes adversarios, así lo hacían. Si las lujuriosas fuerzas del oro en Inglaterra encontraban ventajoso en aceitar con su dinero la homicida maquinaria germana, no había vacilación para proceder.

No existiendo sino la perspectiva del usufructo de las pequeñas minorías oligárquicas, sin obediencia a una conducta interior presidida por los principios inmanentes de bien, de derecho y de verdad, las fuerzas dominadoras se limitaron en un principio a negar la legitimidad de los reclamos de la necesidad humana, guardando silencio sobre los problemas sociales. No sirviendo de valla este silencio, impotente como todos los silencios contra la voz de las gentes que reclaman justicia, vino la represión violenta; insuficiente esta para apagar el fuego interno de las

conciencias ofendidas, se empleó la simulación. Y así el mundo presenció el espectáculo de un fascismo y un nazismo sostenidos, estimulados y mantenidos por el apoyo de los más afanosos ganadores de bienes con el menor esfuerzo, que hacían alarde de principios socialistas, no porque tal fuera el propósito, sino porque el disfraz servía para el mejor aprovechamiento de las fuerzas renovadoras por la lujuria de su empeño.

Todo ese proceso culminó con el poderío material sin precedentes que produjo el cataclismo guerrero y la empresa de destrucción más grande que la historia haya contemplado. El instrumento material fue destruido, pero queda la tarea, quizás más ardua, de empeñarse contra las causas de desajuste social que lo engendraron.

Y como se trata de un proceso de carácter histórico; y, como el pueblo colombiano vive dentro de la historia, aun cuando hasta nuestro suelo no hubieran llegado las fortalezas móviles de acero, los síntomas de la universal descomposición que va más allá de los nombres y de la estructura externa de los partidos se han hecho sentir en la conciencia nacional. Por todo ello podemos afirmar que nuestro programa no encuentra su sola base en las simples afirmaciones circunstanciales para fines del momento. Nuestro objetivo interpreta esa expresión de fuerzas defensivas que cada país moviliza cuando siente en peligro sus virtudes esenciales, con el mismo tesón con que el organismo individual, sin casuística ni vanas alegaciones, apresta sus defensas y organiza sus ejércitos contra los elementos que tratan de perderlo en esa gran contienda silenciosa que a cada hora y a cada instante se libra entre la vida y la muerte.

También así queda explicado por qué nunca hemos entendido que el tremendo desajuste que de tiempo atrás registra la vida colombiana pueda ser circunscrito a causas simplemente transitorias, anecdóticas o efímeras, sino que es el resultado de una abominable realidad histórica que no puede ser corregida con ardides estratégicos, con jugadas cir-

cunstanciales, con habilidades curialescas, con simples enmiendas burocráticas, sino abocándola en conjunto, con un cambio de frente, con la creación de un clima distinto.

No pueden tener carácter circunstancial, anecdótico o personal los síntomas del ambiente que contemplamos y cuyas más visibles demostraciones son la impresionante inversión de las jerarquías intelectuales y morales en la dirección o la gerencia de la cosa pública, y el desplazamiento de todos los valores por el repugnante héroe electoral. Ni el químico, ni el agricultor, ni el ingeniero, ni el mecánico, ni el electricista, ni el agrónomo, ni el médico, ni el industrial, ni el técnico, pueden ocupar por sí mismos sitio en la dirección pública del país a pesar de ser las verdaderas fuentes creadoras. El ganador de elecciones impera sobre los fueros de la capacidad y se ha convertido en la verdadera fuente de influencias ante las más altas dignidades. Una atmósfera desoladora de miserias cotidianas ha ido desbastando en el ánimo de las juventudes el ímpetu de la ambición creadora, el goce de la seria investigación científica, la paciencia en la preparación que exige una victoria merecida. El Estado en sus aspectos varios es mirado como botín de guerra hasta por el más modesto empleado, quien ve en el cargo una remuneración a su transeúnte tarea eleccionaria, pero no un sitio de servicio. De todo ello proviene la opacidad de las fuerzas del ideal que todos advierten y que constituyen el venero insustituible de toda realización, sin que haya necesidad de ponderarlas pues todos saben en qué consisten aunque no puedan definir las, como no es posible definir ninguna de las entidades fundamentales de la especie, ni el amor, ni la vida, ni la muerte. Impera un maridaje inadmisibles entre política y negocios, el cual contradice el sentido que los colombianos tenemos de aquella, pues bien sabemos que cuando las altas dignidades se otorgan solamente como premio al esfuerzo y a la virtud, resultan compensación mucho más seductora que la misma del dinero. La corrupción interna de

los partidos se ha elevado a niveles que causan desconcierto. El proceso de selección de los escogidos a través de asambleas, convenciones y comités está convertido en bolsa negra de todas las concupiscencias, retrayendo de la política, o sea del servicio público, a quienes por tener profesiones y oficios no quieren arriesgarse en ajetreos para los cuales se sienten cohibidos por la dignidad de su vida.

LA CORRUPCIÓN ELECTORERA

Una propaganda aviesa ha reemplazado el convencimiento y convertido en capitanes de revolución a satisfechos gozadores de la cosa pública y en agentes reaccionarios a los hombres de avanzada. El respeto a la Constitución y a la ley está suplantado por la habilidad para los pretextos tendientes a justificar su violación. De este caos surgen militares que olvidan nuestra incancelable devoción por las normas de la vida civil y pretenden hacernos retroceder a tiempos primitivos con mengua de nuestras costumbres cívicas, y quienes aplican sanciones con desprecio de normas constitucionales y legales de universal acatamiento en el mundo civilizado. La obra y la realización son sustituidas por el fatigante método de las promesas. La mayoría ciudadana está ausente del deber de intervenir en las elecciones, mientras en algunos lugares los políticos intentan la corrupción por medio de la compra del voto, y en otros establecen el imperio de los mismos vicios de fraude de ayer y anteayer. Se habla espectacularmente de la defensa de los hogares obreros y de la clase media, al mismo tiempo que las entidades públicas desarrollan la más escandalosa labor de propaganda alcohólica y de estímulo al juego. Los funcionarios se ufanan de su creciente triunfo en el comercio de tósigos embriagantes que la raza paga al precio de su degeneración. En fin, es innecesario continuar enumerando lo que todos sabemos y todos confesamos, con la diferencia de que unos lo decimos en público y otros prac-

tican la táctica de callarlo, pues juzgan más importante la conservación de sus privilegios, que reposan sobre la santidad de la mecánica política.

UN MOVIMIENTO AFIRMATIVO

De aquí la diferencia que para cualquier observador resulta patente entre el objetivo de la literatura política de hoy y la que inspiraba la de los grandes varones de la nacionalidad. El encomio, estímulo y defensa de las virtudes primordiales del hombre, que eran esencia en las admoniciones políticas de un Santiago Pérez, de un Miguel Antonio Caro, o de un Rafael Uribe Uribe, tendría hoy el valor de una ingenua y cándida impertinencia. Y, sin embargo, ¿qué vale en un país de incipiente formación como el nuestro, hablar de reformas en la mecánica administrativa, de cambio en la conformación de la estructura del Estado, de logro de posiciones para uno u otro partido, si el gran valor de donde arranca y en donde confluye todo el empeño de la actividad pública, o sea el hombre, se mueve en un ambiente que no solo no es propicio sino que antes perjudica las bondades fundamentales de donde lo demás proviene? Si el clima no es estimulante y apto para formar la voluntad tenaz e indomable; para acrecentar la noción de las obligaciones contraídas con la comunidad, no hablemos de obra fundamental ninguna, pues solo el hombre concebido en la plenitud de sus atributos físicos, morales e intelectuales es capaz de realizar el ideal de un pueblo disciplinado, justiciero y fuerte.

Por eso a quienes nos inculpan de que hacemos una obra negativa de censura, les decimos que como este es un movimiento que arranca de los orígenes de un gran problema nacional y de un delicado momento histórico, incapaz de satisfacerse con el solo tratamiento localizado de hechos que son efecto y no causa, la forma al parecer negativa, representa un valor afirmativo de muy definidos perfiles. Quien solo

tiene como perspectiva de acción la objetividad limitada, puede emplear la sola forma positiva. Pero cuando la concepción es orgánica, cuando se aspira a interpretar la modalidad funcional de un estado social, entonces el método de expresión tiene que ser otro, por la vastedad de lo contemplado. De ahí que el derecho emplee un modo al parecer negativo cuando establece que todo lo que no está prohibido por la ley es permitido. De ahí que el Decálogo cristiano, resumen esencial de una civilización, se exprese en forma aparentemente negativa al decir: no matarás, no robarás. Cuando nosotros censuramos hechos, procedimientos y actitudes, pretendemos afirmar que debemos hacer todo lo contrario y que tenemos la sensación de poderlo realizar.

UN MOVIMIENTO EN MARCHA

Se me podría observar que en medio de ese desorden se han hecho cosas buenas y con gusto lo reconozco. Pero afirmo que en la concepción de la lucha por el Estado no puede prevalecer la psicología del avaro que se regodea con las riquezas obtenidas, sino la del navegante que deja atrás el camino recorrido y solo se preocupa por vencer el escollo que obstaculiza su ruta, poniendo todos los medios para salvar las dificultades futuras, con el ansia permanente de llegar al puerto perseguido.

Y como siempre se ha dicho que la mejor manera de probar el movimiento es la de moverse, puedo afirmar que nuestra lucha ha tenido la fortuna de poner en función su programa, casi apenas iniciada. ¿No estamos acaso dando el ejemplo de que sí hay medios capaces para luchar contra el grave mal de la indolencia ciudadana respecto de los grandes problemas públicos? ¿No estamos demostrando a la juventud, con la más práctica y por eso más fecunda de las lecciones, que en política la sinceridad y la verdad no conducen al fracaso? ¿Que se puede ser

leal consigo mismo, que el triunfo en la vida no hay que esperarlo del caprichoso patrocinio de nadie, sino de la propia energía acumuladora, cuando la conciencia arde como una llama en permanente holocausto a la verdad? ¿Que ante la conciencia pública el prestigio de los hombres depende del historial de su propia existencia y no del alzamiento o el vituperio dispensados sin acato a una valorización de méritos intrínsecos? ¿Y no es por sí misma una saludable revolución de las viciadas costumbres políticas esta de que estamos dando ejemplo ahora, según la cual la designación de los mandatarios de un pueblo dejó de ser patrimonio exclusivo de reducidas asociaciones que laboran en el camino de la maniobra, lejos de la voluntad popular que apenas simulan respetar?

LA VERDADERA DEMOCRACIA

Porque la otra sencilla enunciación que hemos hecho es la del sentido democrático auténtico de la República. Restaurar la democracia hemos dicho. En lo político, la democracia se expresa por la libertad que exista para hacer oposición a las fuerzas que tienen la personería del Estado. En un régimen democrático la existencia de la oposición no se explica ni por generosidad, ni por benevolencia de la fuerza gobernante. Es apenas expresión del funcionamiento de la democracia, que así limita, contiene y estimula al que manda, sustrayéndolo a la posibilidad de cualquier abuso. Ello quiere decir que la oposición no puede estar condicionada a las necesidades del gobierno, sino que en presencia de los actos de este determina las fuerzas de contrapeso que en su entender sean justas; que lo serán si los actos, del gobierno dan base a su éxito, o sufrirán el descrédito por inocuas cuando resulten infundadas o pérfidas.

Y en el funcionamiento del Estado esas fuerzas de equilibrio están representadas por la autonomía de las funciones que son propias a cada una de las ramas del poder público, el ejecutivo, el legislativo y el

judicial, en orden a la armonía de un estado de derecho. Cuando sus determinaciones se hallan influidas por quienes llevan la personería del ejecutivo, la fuerza equilibrante, esencial a la democracia, sufre rudo quebranto y los males en la práctica pasan a ser ilimitados. Nadie en Colombia puede negar de buena fe que no es urgente dar efectividad a dicha norma. Por su parte el órgano legislativo necesita recuperar su dignidad y la autonomía que le es propia. Congresos que aparezcan como simples emisarios de la voluntad del ejecutivo según casos que todos conocemos, atentan contra la substancia de la democracia. No puede haber pretexto, razón, ni causa para que existan parlamentos que no se inspiren en su propia conciencia sino en el halago o el temor para subordinarse a las decisiones del órgano ejecutivo. El país sabe que esa autonomía funcional del parlamento no actúa y que debe ser restaurada.

También hemos invitado a las gentes a la defensa de la democracia como realidad actuante y no como simulación verbal, porque los colombianos saben que la vida del municipio, base de todo desarrollo armónico, se halla bajo el imperio de gamonalatos de cuyo dañado albedrío dependen los bienes municipales, sin otro propósito que el de obtener ventajas en el orden burocrático o en el orden económico para el grupo predominante de turno, o para los suyos, o para quienes les proporcionan la ayuda electoral. De ahí que los repugnantes gamonalatos, a pesar del desprecio unánime que por ellos se siente, sean tratados por el país político con todos los miramientos, en forma que de su voluntad ignara depende el nombramiento y la estabilidad de nuestros empleados y funcionarios y hasta la propia orientación de las obras públicas.

Naturalmente que todo esto y mucho más, parte del presupuesto de que haya la energía suficiente y la decisión inquebrantable de hacer coincidir la obra con las intenciones enunciadas. Porque en el solo plano de los propósitos y de los programas, entendidos como una

enumeración catalogada, nadie en Colombia tiene derecho a quejarse. Esa queja logra fundamento cuando se pide que las intenciones se concreten en realidades y los programas en hechos. Mucho hemos hablado del problema de la tierra, pero las buenas intenciones no corresponden a la realidad operante, pues al contrario, nadie ignora que las normas legales expedidas solo lograron colocar en peor situación a trabajadores y propietarios.

Mucho se ha hablado del órgano judicial, pero lo cierto es que después de tanto esfuerzo verbal sigue vigente la existencia de un cuerpo dependiente de la intriga personal o política, con la sola variante del sitio en donde esta debe hacerse. La justicia sigue confinada en sucios recintos, que le roban todo respeto a la grandeza de su cometido y sus servidores carecen de instrumentos de trabajo y de seguridad en el porvenir.

Con no menor énfasis se ha hablado de la necesidad de una carrera diplomática y por ahí existen unas leyes inoperantes por sobre las cuales actúan el capricho, el regalo amistoso o la necesidad de satisfacer con este ramo, olvidos, supresiones e incompetencias. Todo en mengua del prestigio internacional del país, que no puede fundarse ni sostenerse con la imprevisión y el azar característicos de nuestra diplomacia. Y esto sucede a la hora en que la mayor parte de las naciones suramericanas lograron ya organizar sus cancillerías con la tendencia de fijar una política internacional coherente y de prestar apreciables servicios en lo interno por la eficacia de sus departamentos técnicos. Tampoco ha sido escasa la literatura sobre una carrera administrativa, pero lo cierto es que las normas logradas no cambiaron en mucho la esencia del problema y que continúa sometida al mismo criterio de la recomendación y el capricho.

Los ciudadanos quieren y necesitan una administración fácil, rápida, eficaz, no entrabada por el papeleo inútil ni por el molondrismo

enmarañado que convierte en problema heroico la resolución de sus pedimentos o demandas. Y esto no puede lograrse con teóricas normas llamadas a enriquecer los polvorientos archivos, sino con una dinámica humana, con el ejemplo real de los jefes, con el ascenso para el que trabaja y es capaz, con la exclusión de los ineptos. Muy abundosos en la expresión verbal hemos sido en relación con el problema de la inmigración extranjera. Otros países de nuestra América han derivado inmensos beneficios de ella y los han logrado por tener un sistema y poseer un objetivo. En cambio nosotros la hemos dejado en brazos del azar, sin método y condicionada también al mercado de las influencias. Nosotros, lo mismo que los demás pueblos jóvenes, necesitamos el aporte de una inmigración que desarrolle actividades técnicas y creadoras; que ofrezca posibilidades de adaptación estable y de compenetración con nuestro medio. Pero en nada nos favorece la afluencia de elementos que permanezcan como extraños; que representen una simple especulación interna, diaria e improductiva; que desalojen a los connacionales de las actividades que desarrollaron con su propio esfuerzo, que utilicen medios de corrupción para su medro, o que lleguen con el solo ánimo de hacer rápida fortuna mediante la explotación de nuestros trabajadores humildes, a quienes tratan con insolencia que contrasta con el servilismo empleado ante quienes gozan de influencias y poder.

Nadie podrá olvidar lo mucho que se ha hablado sobre reforma penal y carcelaria, pero a pesar de las buenas medidas teóricamente concebidas y dictadas, continúa en pie una gran tarea de realizaciones que logren la solución de este problema, el que en la práctica es ejemplo de adesios y símbolo de innoble barbarie.

La consigna del mundo moderno en administración pública se resume en la eficiencia y esta no puede existir sin la organización; y la organización es fruto de un empeño real, decisivo y humano, no producto

de la simple enunciación. No son pocos los dineros que gastamos en educación, higiene y labores agrícolas, pero ello no da el rendimiento que podría esperarse, por falta de una adecuada armonía entre los órganos y entidades que los tienen a su cargo, con los fines que deben proponerse. Para impedir las saludables rectificaciones saltará siempre el mundillo de los caciques, de los intereses y los interesados del país político. Más importante que la obra, que para ellos solo representa un halago electoral, les resulta el controlar la facultad de hacer nombramientos, de dispensar contratos, que son la base esencial de su indigno poder.

No puedo acompañar a quienes piensan que la capacidad ejecutiva del mandatario; la energía que utiliza para vencer obstáculos y saltar sobre los prejuicios; la decisión de no esquivar el cuerpo a los problemas, constituye un serio indicio de temperamento dictatorial. Esa ha sido la concepción y la propaganda de las dictaduras modernas contra la democracia. Pero el pueblo no puede seguirla. Ella es fórmula decadente, inepta para las realizaciones, fácil para el desgreño, ausente de seriedad, rica de verbalismo. Yo tengo el concepto de que la democracia, repudiando la escoria de los ineptos que a su sombra pretenden alimentar su pereza, es un sistema que puede ser más eficiente que la dictadura.

Las democracias del mundo acaban de contraer una deuda con el pueblo norteamericano de calidades impagables. Ese excelso grupo humano no solo fue decisivo para la derrota del militarismo imperialista, sino que dio una lección, quizás más importante para el futuro de los pueblos, al demostrar que cuando una democracia se inspira en el sentimiento de la voluntad indomable, del trabajo organizado, del estímulo de la técnica, de sus virtudes características, no solo no es ineficaz sino más capaz, mucho más capaz que las dictaduras para conquistar el porvenir de su pueblo.

EL LIBERALISMO SEGÚN LA OLIGARQUÍA

Las fuerzas gastadas, cansadas y satisfechas que en Colombia usufructúan la situación presente aspiran a practicar una táctica defensiva de caracteres aberrantes. Es una especie de deificación de lo que ellas llaman a su manera el régimen liberal, con el fin de verse relevadas de toda justificación ante su propio partido. El régimen liberal, según la oligarquía, lo constituyen los actos realizados por el grupo que en determinados momentos detenta físicamente el poder. De modo que de acuerdo con tan absurda concepción, si el mandatario decide violar la Constitución, los liberales tenemos que ser partidarios de que sea violada la Constitución para no convertirnos en enemigos del régimen. Y si hay funcionarios que abusando de la posición ante su propio partido incurren en indelicadezas, según esa teoría los liberales tendríamos que callar, para no aparecer como opositores al régimen. Y si el grupo que gobierna resuelve adoptar una política de intransigencia, los liberales, para no ser sus enemigos, debemos ser intransigentes; pero si pasados unos días esta política resulta infecunda y el grupo dominante resuelve que es más conveniente la transigencia, entonces debemos volvernos transigentes para no ser adversarios del régimen.

Y si ante la guerra mundial los funcionarios, en un momento dado, resuelven que hay que cabalgar sobre el lomo de los acontecimientos, entonces la realidad nos obliga a pensar en la ventaja que nos brinde el mejor postor; pero si posteriormente deciden que nos hallamos en guerra con Alemania, la defensa del régimen nos obliga a declararnos beligerantes. Y si un día el grupo dominante resuelve que el Congreso no debe reunirse por hallarse el país en estado de sitio, la defensa del régimen presupone que todos los liberales debemos aceptar esa tesis; pero si a los ocho días cambian de parecer, entonces la lealtad al régimen implica que pensemos que el Congreso sí debe reunirse aunque este-

mos en estado de sitio. Y si los funcionarios resuelven por razones que solo ellos conocen, adelantar una política social reaccionaria, llegando con sus proyectos hasta suprimir en la práctica el inalienable derecho de huelga, para ser leales al régimen tenemos que declararnos reaccionarios; pero esa misma lealtad nos obligará más tarde, cuando los funcionarios simulen por razones de orden político ser avanzados, a tomar el rumbo contrario y declararnos avanzados. ¡Qué innoble concepción de un régimen y qué profundo desprecio por la dignidad humana de los hombres que formamos el Partido Liberal!

QUÉ ES UN RÉGIMEN LIBERAL

Nosotros entendemos, por el contrario, que el mandatario es un delegado del partido para poner en práctica un régimen de gobierno, que esté recogido por un conjunto de principios y provisto de los métodos apropiados para su implantación. El régimen liberal, como lo dice su historia, significa defensa de la legalidad, lucha por la verdad, estímulo de lo honesto y sincero, rectitud administrativa, disciplina en el trabajo, acción liberadora para los oprimidos. Esos son sus principios y programas y quienes gobiernen en nombre de ese partido son sus delegatarios. Por consiguiente, cuando esos delegatarios incurren en injusticias, o en incapacidad, o en improbidad, o en ilegalidad, son ellos los enemigos del régimen y quienes a tales actos se opongan son los verdaderos defensores del régimen. Y esto porque los partidos no nacieron con el fin de que un grupo goce de las preeminencias del mando, sino para que el ideal que anima a los partidos, la doctrina que los justifica, el pensamiento que los alienta, el criterio que los guía, sean una verdadera realidad en beneficio de la patria.

No podemos admitir la solidaridad de nuestro partido con todos los actos de uno de sus grupos dirigentes. Ni ellos pueden abrogarse el

derecho de pensar que siempre su criterio y sus actos constituyen obligatoria doctrina. Porque da la circunstancia de que el pueblo nuestro está dotado para el pensamiento y para la crítica; es un núcleo de gran sensibilidad a las nociones de la ética y del derecho. Por ello al establecer su total identificación con el grupo que gobierna, podría producirse el alejamiento, la repulsión de las masas, del Partido Liberal. No habrá rótulo, ni engaño, ni superchería que sean capaces de hacer al pueblo renunciar a los atributos de su personalidad histórica. Entonces el remedio no reside en el silencio cómplice sino en el cambio de métodos y de los hombres que vienen aplicándolos. Se procede con gran desdén e irrespeto hacia los ciudadanos liberales de Colombia, cuando se desatan esfuerzos para obtener que el pueblo piense que la verdad y la honrabilidad no son tales por sí mismas sino en relación con los labios que las enuncien. Y cuando se pretende que si un conservador declara que atentar contra los bienes públicos es hecho malo e ilícito, para ser considerado amigo del régimen haya que declarar que es tal hecho lícito y bueno. ¡Por algo hemos dicho que luchamos por la decencia!

EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA NO PUEDE SER JEFE DE SU PARTIDO

El error comenzó desde cuando fue insinuada la inadmisible tesis de que el Presidente de la República es al mismo tiempo el jefe del partido. Se olvidó con ello que el Presidente es el personero de un partido para poner en función sus principios al servicio de toda la nación. Cuando el liberalismo dice justicia para todos los hombres, sus personeros violan los principios al aplicarla solo a liberales o a conservadores. Cuando el liberalismo dice defensa de las clases oprimidas, sus personeros violan las normas si establecen diferencias en la protección de los desnutridos, de los enfermos y de los explotados, según el partido a que pertenezcan.

Tengo que decir a los liberales que no deben dejarse desconcertar por la táctica adoptada contra nosotros y que consiste en coaccionarnos con anuncios de peligros sobre la caída del Partido Liberal. Esta es otra táctica y nada más que táctica, pues yo sería el primero en tomar las medidas convenientes ante el más elemental peligro, ya que nuestro empeño radica precisa y exactamente en salvar sus olvidadas doctrinas y en restablecer lo más puro de sus normas conculcadas. A vosotros, y a las inmensas masas liberales que en todas partes constituyen la incontrastable mayoría del partido, les niegan las camarillas el derecho a ser liberales. Sentimos apenas desprecio por esta abusiva pretensión de los amos en decadencia, de catalogar las conciencias de los hombres para rechazar a quienes se han puesto de pies. Unas veces nos llaman comunistas, otras socialistas y otras fascistas. Nosotros en cambio no podemos darles apelativo alguno, pues sabemos que son apenas gentes de mala fe.

ORIENTACIÓN DE LA POLÍTICA

La política tiene que orientarse con el curso de los nuevos tiempos. El Estado reflejó siempre la modalidad social que la circuía, puesto que el Estado no es sino la sociedad jurídicamente organizada. Por eso el Estado fue un día teocrático y después metafísico, ¡pero ahora tiene que ser humano!

Bajo la montaña de los conceptos abstractos, la vida del hombre que ama, que sufre, que tiene ideales, necesidades fisiológicas y apertencias espirituales, ha sido olvidada. Bajo el concepto abstracto de la libertad se olvidaron los actos libres de los hombres que viven. El rumor de la controversia teórica sobre el concepto materialista, ha impedido oír el reclamo de los hombres sobre sus necesidades materiales. El concepto trascendental de la libertad ha hecho olvidar las condiciones para que los actos de los hombres sean libres. Reivindicar al hombre

tiene que ser nuestro cometido. No es suficiente la afirmación de que el hombre está sometido a la ley. Es más urgente saber que la ley está determinada por las necesidades del hombre. Y si esto es así, entonces los tres grandes objetivos de la actividad del Estado son los tres grandes aspectos de la vida del hombre: el hombre es ante todo un organismo que exige condiciones de salud, de nutrición, de hogar higiénico para vivir. Por consiguiente ese tiene que ser el primer objetivo de la política del Estado. Y todo en armonía con las realidades del ambiente. La finalidad debe ser el hombre colombiano, minado por el paludismo en las tierras cálidas; consumido por la falta de higiene en las zonas frías; con una nutrición deficiente en todas las zonas; falta de higiene, de vestido, de calzado y de elementales atenciones médicas. Nuestra devoción debe orientarse hacia la liberación real del hombre colombiano, maltratado y olvidado, en el surco por siniestros odios infecundos; relegado a puesto secundario porque el sitio que le corresponde lo ha conquistado alevemente el país político, que desafía sus rencillas, sus controversias, sus hipocresías, sus pasiones estratégicas como si el otro gran país humano no existiera.

EL HOMBRE ES ESENCIALMENTE ESPÍRITU

Pero el hombre también es espíritu. Tiene exigencias de la inteligencia, de la voluntad, del carácter, de la personalidad. La educación de esas exigencias es la que le otorga capacidad para librar victoriosamente el empeño de su porvenir, la conquista de sus anhelos, el ansia de un hogar y de unos hijos, el ilimitado deseo de elevarse y superarse. Todo ello se resume en la tarea de la cultura y de la educación no solo moral sino física. Que no se pueda decir de Colombia que hay niños en edad escolar que por falta de medios quedan analfabetos. Hay que luchar porque todo niño colombiano salga del establecimiento educativo preparado

para el desarrollo técnico de un oficio; hay que rectificar el criterio de que la cultura artística es primicia reservada a solo un grupo social, olvidando la trascendencia que tiene en la formación de la capacidad general; hay que entender que en el camino de la educación y la cultura, la mujer no puede ser colocada en puesto simplemente ornamental y adjetivo. Si la primera formación depende de la sagrada capacidad de la mujer en el hogar, tenemos entonces que decidirnos por su liberación en lo económico, en lo social y en lo político.

Y como no hay obra educativa valedera si no interpreta las exigencias históricas, afirmo que es llegada la hora de orientarla hacia la creación de los técnicos que el país ha menester y elevar al primer rango al químico, al higienista y al biólogo; al maestro, al ingeniero y al mecánico; al agrónomo, al economista y al agricultor, en una palabra a los verdaderos creadores de nuestro progreso. No puede el país seguir sosteniendo el lujo, perjudicial para los padres y para la sociedad, de continuar creando doctores por el simple valor del título. Superficiales transeúntes del derecho que una vez logrado el diploma olvidan la carrera, por la cual la sociedad y la familia han hecho tan arduos esfuerzos, para decidirse por la burocracia de menor cuantía o por viciados ajetreos, a la sombra de vulgares caciques, para lograr un infundado ascenso a congresos y asambleas, sin más anhelo que el adquirir por medios fáciles el estipendio reservado en el campo de la producción a quienes han dado muestra de ordenada voluntad y recta elevación de conducta.

No necesito decir siquiera que resultaría fatal una educación que tratara de desconocer, irrespetar o contrariar los más acendrados valores de la conciencia humana y que, por tanto, en un pueblo hondamente católico como el nuestro realizaría obra suicida quien olvidara esta verdad elemental.

MÁS RIQUEZA, MENOS POBREZA

Pero el hombre necesita además poseer una porción de la riqueza común, sin la cual es imposible la satisfacción de las otras necesidades. Colombia necesita un especial estímulo para la creación de su riqueza agrícola, industrial y comercial. De mí sé decir que no soy enemigo de la riqueza sino de la pobreza. Y si se ha afirmado para defender la propiedad que ella es la base de la libertad del hombre, entonces puedo afirmar que a lo que nosotros aspiramos es a que no haya una pequeña minoría de libres frente a una gran mayoría de esclavos.

Comprendo igualmente que las modalidades de aplicación de las leyes normativas respecto a la riqueza tienen que adaptarse al medio y a las circunstancias. Es fácil entender que el estímulo a la creación de la riqueza colombiana tiene que tener mayores halagos de los que son necesarios en países de vasta y ya segura estabilización industrial y agrícola. Porque aquí la insipiente del ambiente y las condiciones geográficas traen para el empresario contingencias y peligros que solo pueden ser compensados con la perspectiva de un mejor rendimiento. En los países sólidamente organizados la menor ganancia inmediata se siente equilibrada por la presencia segura de la misma. Ni la industria en grande, ni mucho menos la pequeña, deben sufrir cargas de ninguna naturaleza o índole que sean superiores a las que soporte no digo su existencia, sino la necesidad de su desarrollo y progreso. El estadista no es un filósofo y, por tanto, sus ideas tienen que conjugar el anhelo de avance evolutivo con las realidades exactas que maneja, las que no pueden ser creadas ni destruidas según su libre arbitrio.

De ahí que quien le ofreciera a nuestro país, en las circunstancias actuales de su economía heterogénea; con su escaso desarrollo industrial y su corta evolución en la conciencia histórico-social; con su absoluta ausencia de modalidades técnicas en las funciones administrativas, hacer

un Estado socialista o comunista, lo estaría engañando con perfidia o por imbecilidad. Desde luego, el concepto que sobre riqueza tiene el individuo no es el mismo que el del Estado. Para el propietario la riqueza es la ganancia que él individualmente percibe y a la que tiene pleno derecho. Para el Estado la riqueza está integrada por los elementos del trabajador, el empresario y los medios de producción. Puede afirmarse que sobre la igualdad de importancia social de estos tres factores se basa la democracia económica. Pretender dentro de la sociedad actual que el Estado dispense todos sus favores y su natural ayuda al propietario como individualidad aislada, dejando a su capricho o a su egoísmo o a su generosidad que el fruto de esa ayuda sea compartido o no con el trabajador, es sencillamente inadmisibile. El Estado se halla en el deber de no limitar su cooperación en la creación de la riqueza, pero debe asegurar que su ayuda se traduzca en bienestar para los tres factores que intervienen en esa creación. Habrá hombres torpes e insensibles todavía que así no lo entiendan ni lo acepten. Peor para ellos. El mundo se dio cuenta ya de que hay una organización social que tiene una concepción demasiado irritante de los bienes humanos, de la felicidad y del progreso. A los seres cuyas mentes decaen bajo la luz moribunda de lo pasado, la fragorosa batalla por la justicia social les señala como destino decidirse ante dos únicos caminos: o limitar el ansia de explotación de los hombres, o presenciar el derrumbamiento catastrófico de su poderío. Creo que todos entendemos ser mejor la equitativa limitación que permita crear la armonía constructiva entre poseedores y desposeídos.

EL HOMBRE ES UN SER SOCIAL

Pero el hombre no es solamente un ser fisiológico, espiritual y económico, sino también un ser social. Todo lo que diga estimular su cooperación, su organización para la defensa de sus intereses, traerá ventajas a la

sociedad. Y a dicha organización están más obligados que otros, aquellos que solamente sumando los pequeños óbolos de su recortada influencia social y económica pueden adquirir una personería rectora. La organización sindical sería de los trabajadores traerá ventajas para las relaciones necesarias que existen entre ellos y los patronos.

Aun cuando no lo piensen así los espíritus estratificados, para nuestro país como para todos los países resultará siempre perjudicial una formación sindical endeble. La organización de los trabajadores colombianos es incipiente si comparamos la mínima porción sindicalizada con la vasta zona trabajadora sin organización. Y aun cuando esto tampoco lo hayan pensado los espíritus inhibidos por el prejuicio, es a la sombra de organismos sindicales imperfectos o viciados como pueden operar los mercenarios que llevan al seno de los grupos obreros los mismos vicios de simulación, corrupción y fraude que afectan a los políticos profesionales. Por eso logran tales mercenarios, estimulados por granjerías burocráticas, excluir a los buenos y entregar los movimientos reivindicatorios a luchas políticas extrañas y contrarias a sus necesidades y objetivos.

LOS PROBLEMAS SOCIALES

Así como hemos dicho que las ramas de la administración no pueden estar condicionadas al juego de los intereses electorales, con mucha mayor razón podemos afirmar lo mismo respecto a los problemas sociales. No son admisibles los bruscos cambios contradictorios hacia la derecha o hacia la izquierda, inspirados en el simple interés del momento político, porque ello crea una inestabilidad perjudicial para la economía nacional sin beneficio alguno para los intereses obreros que no se reducen a la recortada zona de las controversias momentáneas. Es indispensable que opere en la solución del problema social una recta línea de conducta, estudiada y sincera, que logre progresivamente la justicia para los

hombres que por estar desposeídos, no deben quedar abandonados a una lucha desigual frente a los que ya tienen ganados todos los medios de vencer en ella. Todo lo que he dicho se puede resumir en una sencilla frase: se trata de trabajar con la gente que sepa trabajar.

BUENA SUERTE PARA COLOMBIA

Pensar que para la solución de los actuales problemas colombianos basta con que dos hombres se pongan de acuerdo para ordenarnos por quién debemos votar, es sencillamente irrisorio. Y si algunos piensan que por medio de falsos registros y de habilidades de caciques se puede burlar esta vez la conciencia pública, ¡que lo mediten muy bien antes de llevarlo a cabo! ¡Vosotros y yo ya lo hemos meditado y prometemos solemnemente que en Bogotá no se posesionará un mandatario que sea hijo del fraude! Nosotros procederemos con toda la energía sancionatoria que el delito merece. ¡Nunca nos someteremos al imperio del delito!

Me habéis querido honrar hasta más allá de toda ambición. Siento que solo por el trabajo y el esfuerzo puedo acercarme a vuestra bondad y así estoy resuelto a comportarme. En esta campaña vosotros no debéis pedir y yo no pediré que el camino nos sea fácil, sino al contrario, que nos sea cada vez más difícil para tener ocasión de señalar la indomable energía de nuestro espíritu. Dios sabe que Colombia merece buena suerte. ¡Y Él no ignora que todo cuanto deseamos es la buena suerte de Colombia!

Este libro se compuso en caracteres Bembo y Museo Sans.
Se terminó de imprimir en el mes de abril de 2023
en (Nombre Imprenta), Bogotá, Colombia.

Se imprimieron XXXX ejemplares
para ser distribuidos de manera gratuita.